



Viaje a la Oscuridad

Iker Jiménez

A los 44.000

Viaje a la Oscuridad

Se va a cumplir un año de la tragedia de Valencia.

Del absoluto abandono del pueblo por parte de las autoridades.

Del alarido “el pueblo salva al pueblo” que fue la gran verdad de esos días, de ese desastre, y que consiguieron acallar.

No interesa nada que el pueblo salve al pueblo.

Las diferentes, administraciones, los diferentes burócratas dejaron a la gente a su suerte.

Es imperdonable. Unos y otros. Imperdonable.

Pero hay muchas maneras de pasar por encima de todo. Y de enfrentar concienzudamente al Pueblo. En eso son maestros.

No he vuelto a ver aquel programa de un jueves en el que Ángel Gaitán y yo aparecimos como astronautas en un planeta oscuro y desconocido.

El programa donde la gente buena gritaba por las ventanas pidiendo agua y medicinas.

Donde gritaban diciendo ¿Dónde está el ejercito? ¿Y el rey?

Era la tercera noche.

Hoy he visto el documental “Riadas” en Amazon. Es corto, son como retazos.

Me ha impresionado.

El cerebro ha hecho clic.

Aparece un policía lleno de barro que decidió- como otros con los que allí pasé varios días- saltarse las extrañas normas de “no acción” que todos tenían.

Este es otro de los escándalos. La vergonzosa no acción.

Ese policía menciona el programa de Horizonte aquel jueves noche en la Zona Cero.

Y dice que es lo que le motivo a ir a ayudar. Porque lo que vio le estremeció.

Así ocurrió en muchos.

A lo largo del documental no se habla de otro programa. Solo se habla de los medios convencionales como emisarios de una verdad oficial que no era la verdad.

Al día siguiente veíamos a los voluntarios en una hilera kilométrica y nos hablaban de que no imaginaban que en Valencia estaba pasando un drama de ese nivel. Muchos decían que la escena de las ventanas los llevaba allí. Que habían decidido esa misma mañana andar dirección Zona Cero con la idea de ayudar en lo que fuera.

Entonces ¿qué habían estado viendo hasta entonces?

Es una gran pregunta.

Se había estado emitiendo desde poblaciones lejanas. Oficialmente ni la ayuda ni el ejército podría entrar en el núcleo de la Zona Prohibida. Eso escuchamos en la radio mientras entrábamos allí aquel jueves que cambió nuestra vida.

No encontrarme con otros colegas fue otro enigma que aún no logro resolver. Estuve en seis poblaciones diferentes en 48 horas. Un enigma.

Ese fue el inicio de todos nuestros problemas. Ese viaje saltándose unas normas que desconocíamos. Cuatro amigos con una antena llegamos en un Jeep al verdadero epicentro de la catástrofe. Solo pusimos el micro en la noche y se oyó el grito de la otra España Abandonada.

Yo volví convencido de hacer una gran labor. De haber ayudado.

Convencido y orgulloso. Se abría un camino para poder convencer a otros de volcarse en el asunto.

No era consciente de los enigmas que flotaban ya sobre la cuestión. Del comportamiento de autoridades y no pocos medios.

Iba a comprobar en mis carnes hasta donde se podía llegar.

Nos pusimos de inmediato, conmovidos por lo vivido, en shock por lo contemplado y nunca emitido, a diseñar un plan para llevar casi un centenar de camiones de ayuda.

No podría imaginar lo que estaba por venir.

Y eso es parte de la otra historia. La cara B.

Bien siniestra.

De cómo intentaron rebanarnos el cuello. Lo que habíamos hecho, ahora lo sé bien, era demasiado.

Yo me salté los protocolos desde el principio. Era con un buen fin.

Recuerdo que iba en el Jeep pensando que no iba a ser para tanto. Que me encontraría con cierta civilización.

Pero lo primero que vi fue hileras de furgonetas con personas que bajaban, robaban y entraban con la mercancía de nuevo.

Decenas de furgonetas robando en plena tarde. Aparcadas en línea en un paseo. Robando a espuestas.

Nadie vigilando. La purga.

Ahí ya supe que nada iba a ser igual. Y que lo que me habían contado las 48 horas anteriores a través de los medios...nada tenía que ver con lo que yo me iba a encontrar enfrente.

La distopía había comenzado.

Continuará.

Viaje a la Oscuridad (II)

La gran pregunta es la que no te suelen responder.

Se va a cumplir un año de la riada mortal de Valencia y hay algunas preguntas que nadie me ha resuelto.

¿Por qué la inacción de las Fuerzas de Seguridad del Estado?

Yo iba en un Jeep y mientras la cobertura me lo permitió fui hablando con diferentes miembros de las FSE.

- No nos activan. No nos dejan movernos.

No daba crédito. Habían pasado 48 horas. ¿Habría gente atrapada luchando aún por su vida?

Es otra gran pregunta.

¿Podrían haberse salvado con una actuación inmediata y a tiempo?

Es otra gran pregunta.

¿Por qué no había periodistas o yo no me los encontré en la noche en la Zona Cero?

¿Los hubo ese jueves?

Porque yo vi saqueos, ladrones.

La purga. Sí. La purga.

Y en la noche, sin luz, es cuando todo se convertía en una pesadilla aún mayor. Y eso había que contarlo.

¿O acaso no había que contarlo?

Es otra gran pregunta.

Hablé con los chavales que hacían rondas vecinales.

-Tenemos que proteger a las mujeres. Las intentan asaltar.

La purga. En Valencia. España. 2024.

Esperaba que fuésemos 20, 30 compañeros. Si yo llegué ellos podían también. Juntos hubiéramos cubierto todo el terreno. Esperaba cámaras, focos abriéndose paso. Micrófonos preguntando.

Pero no.

Dos mossos de escuadra de paisano, voluntarios, con la cara llena de barro, me acompañaron.

-Aquí empieza el infierno.

Lo dijo señalando a unos bloques donde no había luz. Solo en algunas casas. La luz bloqueada. Como si los fusibles se hubiesen vuelto locos aleatoriamente.

¿Ha estado alguien grabando? - pregunté.

- Aquí no ha venido nadie.

¿Nadie? Es otra gran pregunta.

En un momento dado fui al otro lado del puente. Me acompañaba un guardia civil que llevaba dos noches sin dormir.

- Voy contigo. Puedes tener un problema. Solo llevas una linterna. Te pueden asaltar.

- ¿Hay ladrones? Le pregunté.

Ni contestó.

A los doscientos metros al otro lado del puente, en la zona cero dentro de la zona cero vi algunas cosas... dignas de no ser creídas.

Tres personas, una de ellas céntrica, tenía un palo como un pincho. Hurgaban. Rebuscaban algo junto al pretil. Algo ajeno.

- ¡Coño!... el Iker.

Y alzó un poco el palo con una punta de metal qué brilló con el haz de mi linterna.

Nos quedamos parados.

-Que sepas que te seguimos... ¡siempre!

No supe qué responder.

-Oye, insistió dando con el pincho en la piedra.

- ¿Sí?

- No te metas por ahí que está todo lo malo.

Viaje a la Oscuridad (III)

No sé si pasé una hora o dos en esta parte que era donde estaba todo lo malo.

Es el sitio más oscuro que he visto nunca.

El barro oscuro, convertido en roca, tiene una negrura con un brillo especial.

Recuerdo varias tiendas reventadas. Recuerdo unos coches donde había habido víctimas mortales.

Familias.

Recuerdo que había cerraduras reventadas. Cristales rotos.

Algunos habían robado a los muertos.

¡A los muertos! Como dijo Goya en sus desastres de la Guerra.

Estoy junto a una hilera de coches apiñados como formando un armadillo gigante.

Veo mi sombra muy larga. Y el cielo que es como claro. Una extraña claridad.

Quizá por el contraste de la ciudad oscura.

Hago una foto.

Grité ¿Hay alguien?

Nadie respondió. Ese momento no lo olvido.

Había un bar, reventado y saqueado. En mitad de la estancia, no lejos de una gran barra de madera un carrito de niño.

Hice otra foto y el flash ilumino todo. Había un cartel de toros antiguo. Era lo único intacto.

En un momento dado escuche ruidos a mi espalda.

Me giré.

Aquí estaba solo. El guardia civil había ido a cubrir a Ángel que estaba grabando a una familia.

- ¿Quién anda ahí?

Una voz con marcado acento sudamericano me responde amable. O nerviosa. O qué se yo.

- Perdone, perdone...veníamos a ver cómo estaba la furgoneta. Nuestra furgoneta.

Iba con palancas. No era su furgoneta.

Se me quedaron mirando. Creo que me reconocen. Porque intuyo que hay alguno detrás. Otra vez esa situación insólita. Increíble. Incómoda.

No sé qué mueca pongo.

Giran sobre sus talones.

Desaparecen. Eran tres. Los dos habían permanecido agazapados como dos sombras.

Me apoyo en una pared. Estoy siendo consciente de lo increíble.

No sé si estaba preparado para ver este desastre. Esta dejadez. Esta purga. En Valencia. En España. En 2024.

La real y sorda sensación de que un día todo lo que crees que es seguro, lo que es ley, lo que ordena las normas, se viene abajo.

Eso era un calco, un aguafuerte, de ese día en que todo se rompe.

Escucho a una vecina. Esta con una niña. En el balcón.

- Ten cuidado. Están robando a los muertos. ¡A los muertos!

Son los Desastres de la guerra De Goya, doscientos años después. En Paiporta. En una calle de cuyo nombre no puedo acordarme.

Ahí hice la foto.

- Iker, Iker... ¿tienes leche? ¿Tienes agua?

- Puedo ir al coche a buscarla - respondo aturdido.

-Por favor. No hemos podido bajar aún. Llevamos así tres días.

Miro al balcón. Los coches apiñados donde robaban a los muertos llegan desordenados hasta la base. Las puertas están taponadas por los vehículos unos encima de otros. Todo es una cárcel de jirones de metal.

- Aquí no ha venido nadie.

Y el nadie de esa señora, el eco de ese nadie en la calle vacía, no se olvida nunca.



Viaje a la Oscuridad (IV)

En Paiporta, aquella noche, me apoyé en una pared junto a un garaje.

El hedor que salió por el respiradero de humos es algo que tampoco se olvida.

Es el olor de la muerte. No es otro. Es ese.

Y no se parece a ninguno.

Unos minutos después el guardia civil me apuntaba cómo varios coches habían quedado atrapados bajo el agua intentando salir por la rampa.

El coche estaba atrancado en la curva. En un último intento de huir de allí.

Y quedó atrapado.

Todavía los cuerpos no habían sido desalojados.

Ese olor lo tengo en la mente. Fui consciente de la magnitud de lo que había pasado.

Había en la misma calle veinte garajes así.

Volví allí, a esa misma travesía, días después, pero llevando un respirador. Alguien nos escribió. Era el regreso con 100 camiones y furgonetas en una comitiva organizada por Ángel Gaitán.

De ese viaje podría contar mil cosas. Fue accidentado mental y físicamente.

Nos habíamos vuelto medio locos. Nos creíamos Robin Hood.

Hoy creo que era estrés post traumático por lo visto, vivido y sentido en aquellas primeras 48 horas. Ahora nos creíamos salvadores de la humanidad.

Pero todo había cambiado. Todo fueron problemas. Había otra energía.

Alguien nos dijo que necesitaban un respirador.

En las calles, en esa segunda aventura, había ya más presencia policial. Aún sin mucha organización. Pero ya se veían coches de los GRS de la Guardia Civil y algunos de la UME. Esa Unidad Militar de Emergencias que sería protagonista en algunas cosas... unas horas después.

- ¡Fran! ¡Olivia! ¡Responded!

Gritábamos. Íbamos un grupo. La desolación seguía siendo total.

- A mi vecina la atrapó la riada contra la pared. Aún no han entrado a por ella.

Nos lo dijo un hombre con acento francés.

- Necesitan un respirador. Respondimos. Deben tener un niño enfermo esta pareja.

Félix, mi cuñado, siempre valiente, y Nacho Navarro, ídem de ídem, saltaron por una montaña de hierros mientras nosotros buscábamos en la otra dirección. Podrían haberse cortado. A oscuras. Con todos los hierros salientes.

Una montaña. Cargando el respirador.

Cuando llegaron a la puerta, Olivia respondió contrariada.

- Es muy tarde. Necesitamos el respirador. Pero no vamos a bajar a estas horas. Venir otro día.

Eso ocurrió. Os doy mi palabra.

Allí nos quedamos el grupo de amigos con el respirador en la mano que un niño supuestamente necesitaba tanto.

Incrédulos. Perdidos en la oscuridad y la irrealidad absoluta.

Viaje a la Oscuridad (V)

Habían ocurrido los graves incidentes de Paiporta con el presidente y los reyes.

Muchos medios dijeron que eran corpúsculos de extrema derecha.

Yo había entrevistado el jueves a algunas de esas personas.

Tenían de ultraderecha lo que yo de fraile dominico.

Las maquinarias mediáticas ya se habían puesto en marcha.

Parece que lo de “El Pueblo salva al pueblo” ya era sospechoso.

Todos eran fachas, nazis, anagramas, códigos, números hitlerianos.

Yo no salía de mi asombro.

El pueblo salva al pueblo era una corriente demasiado fuerte. No interesaba.

Había que separar. Izquierda/derecha, Sánchez/Mazón, verdes/rojos...

Y lo iban a conseguir.

Parecía imposible. Porque la gente que yo entrevisté en Alaquas, Sedaví, Alfafar, Chiva, Cheste, Picaña o Paiporta no mencionó la ideología para nada. Eran vecinos. Eran seres humanos.

El pueblo salva al pueblo.

Todos se unieron al margen de consignas.

Recuerdo larga charla en la calle con un chico de izquierdas que salvó a martillazos rompiendo un muro a su vecino de derechas que se ahogaba. Y recuerdo que los mencioné recientemente, casi un año después, en la reflexión del final del programa y que justo esa noche -sincronicidades- habían quedado para cenar. Para agradecerse y brindar por la vida.

Pero a la fuerza de la vida algunos les ponen palos en las ruedas.

Ya traerían sus consignas. Sus culpas. Sus divisiones.

Era un plan claro. Porque es el plan de siempre y de los de siempre. Y se ha dado en otros momentos cuando las personas se han unido frente a las banderas políticas.

La DANA era desestabilizadora. Nuestro programa había sido una bomba nuclear.

Empezaba a ser consciente.

Nuestro programa del jueves había roto el *status quo*.

La gente en las ventanas pidiendo agua había sido demasiado.

La gente diciendo quiénes y cómo robaban había sido demasiado.

En Valencia solo recibimos abrazos y agradecimiento.

Pero los insultos y los ataques iban a llegar pronto por los amigos de la consigna.

Sobre todo, tras un segundo programa de *Cuarto Milenio* donde nuestra indignación fue a más. Marc Vidal o Cabrera estuvieron muy fuertes. Todos estábamos un poco sobrepasados. Vimos lo increíble y nuestro equipo, casi por ósmosis, se contagió de esa furia.

Hubo otra cosa mortal para el extraño estado de las cosas: en cierto momento Carmen sacó un documento. Era cómo el gobierno iba a explicar el asunto. Lema a lema. Frase a frase. Para que lo supieran los medios afines.

Desvelamos un documento que era sincronizado.

Eso fue quizá una gota que colmó el vaso. Pero nuestra obligación, llegó a una colaboradora en plena emisión, era mencionarlo. Era noticia.

Pronto iban a empezar a pasar cosas muy extrañas.

Mencionamos el gran parking Bonaire. Que era foco de la atención la noche del domingo.

Nacho Navarro dijo que él no veía nada extraño en la conexión con Horizonte. Pero es verdad que toda España estaba pendiente. Sesenta medios nacionales e internacionales conjeturaban con que podía ser un cementerio. Nosotros en Youtube ya contamos, antes del primer viaje, en la primera noche de la riada, que mucha gente se salvó subiendo arriba. Pero nadie sabía en aquel instante si había muertos o no.

Poco imaginaba yo que ese parking iba a ser el ariete con el que iban a intentar derrumbarnos. Y casi lo consiguieron.

En el programa Horizonte no se habló de 1000 muertos ni 700 muertos. En absoluto. Se habló de lo que la UME nos dijo a varios medios. Y fuimos cuidadosos en no decir cifras. Añadimos lo que oyó un cámara a la guardia civil en nuestro hotel, que aquello era un infierno de coches y el barro hasta arriba. Y que se calculaba en 700 los coches que entraron. Hubo una discusión sobre si había tickets o eran luces de colocación y conteo. Nunca dijimos en antena que había 1000 muertos. Es más, Carmen dio las primeras noticias de que los coches estaban siendo revisados y no aparecían cadáveres. Gracias a Dios.

Sin embargo, se iban a encargarse de colgarnos ese peligroso sambenito.

Inocente, yo desconocía que La Sexta, en informativos y programas, El Plural en su portada, y muchos medios audiovisuales, radiofónicos y escritos, ya habían hablado de que había muertos en el parking. Y que incluso los habían estado visualizando y anotando.

Dicho en antena. Yo no sabía nada. Estaba empaquetando ayuda en el taller de Gaitán. No supe nada hasta días después cuando todo estalló.

Los que sí lo dijeron iban a intentar ser nuestros verdugos.

Pero eso vendrá más adelante. Tiempo al tiempo.

Aún yo no era consciente del todo. Bastante teníamos con poder aparcar una comitiva de 100 camiones llenos hasta los topes.

Indignado por lo que me dijo la UME yo había hecho un tweet, ahí sigue, fruto de lo que pensaba y de lo que me dijeron tres fuentes: UME / Guardia Civil / forenses. En definitiva, dos fuentes habían hablado con otros medios. Lo que muchos pensaban.

No podía imaginar que lo que habían dicho a varios compañeros no era cierto.

Nos estábamos metiendo en un buen lío. Y creo que todos lo intuíamos.

Ramajo y el coronel Baños se habían sumado a la comitiva para ayudar.

- Hay 1000 muertos en Bonaire. Tenéis que decirlo.

Algún que otro personaje, haciéndose pasar por Guardia Civil o militar dejaba caer esto. No le hicimos caso. Tres personas diferentes insistieron con varios miembros de la comitiva.

Pero ya había empezado a haber problemas. Se hizo viral un video de una persona que intervino en nuestro programa. Era desagradable y obviamente esas imágenes descontextualizadas hicieron daño al programa.

Yo no salía de mi asombro.

Me llegaba todo esto al tiempo que nos impedían aparcar los camiones.

- No tienen autorización. La han denegado.

- ¿Quién?

-Circulen. La han denegado. No están autorizados.

Cien camiones llenos de ayuda parados en Torrente. Sin saber qué hacer. Caras de circunstancias y de cabreo en camioneros que estaban perdiendo tiempo y dinero.

Al tiempo, un video viral y muchos insultos que habían comenzado en redes desde el jueves.

Nadie que no trabaje en televisión sabe lo que es un problema de raccord. Pero fue una parte de la raíz de aquel video feo...

Rubén, en una confusión en el fondo quizá por el nerviosismo al que yo le conduje al indicarle que al entrar en un garaje se perdía cobertura y que por favor grabase en el interior y que luego le diese paso al fragmento previamente registrado, pensó quizá que iba a haber un salto visual en su ropa más y menos manchada. Lo asombroso es que en la misma toma de la polémica, él mismo se acababa metiendo hasta la cintura en el barro dentro del garaje. Pero eso no lo mostraban en el viral. No hacía falta simular nada.

Es como rodar una toma en la que uno se tira a una piscina y mojarse el cabello medio a escondidas. Muy raro.

Él tenía familiares y había perdido amigos allí. Yo no entendía nada.

Le vi disgustado. No sé si alguna vez sabré la verdad del todo. Como dije en el siguiente Horizonte, hubiera querido matarlo con mis propias manos. Ambos lo sabemos.

Hice que evitaran encontrarme con él. Porque en aquel instante hubiéramos acabado peor.

Carmen me evitaba noticias en el coche. Pero yo intuía todo lo que pasaba.

Pocas veces sentí tanta presión. Pero sobre todo porque veía que alguien había dado órdenes de bloquear nuestra operación ayuda.

Desde el Taller de Gaitán habíamos emitido un programa con 400.000 personas en vivo. Habíamos ido fuertes. Estábamos demasiado indignados.

E iría mucho más. Solo habría que esperar unas horas. La batalla de verdad iba a ser por el parking. Aunque aún yo no lo sabía.

Todo en el segundo viaje fueron problemas. Tuve que llamar a mi amigo el Doctor Khaled Safadi. Gracias a él pudimos desembalar toneladas de ayuda. En su propio almacén. A pulso. Con gente que se portó de fábula.

Sacando respiradores, colchones, ropa comida, no era en absoluto consciente de lo que los verdugos habían diseñado para mí y para mi equipo.

A ninguno de ellos los vi ayudando allí.

Viaje a la Oscuridad (VI)

Ver el documental “Riadas” me ha removido todo por dentro.

Cosas que estaban medio dormidas.

Olvidadas no, medio dormidas.

En esa parte oculta del cerebro que es como la gomosa cara oculta de la luna.

Siempre en penumbra.

Ahora se me ha desvelado ese hemisferio.

Ha sido tan grande la batalla en este asunto, tiene tantas ramificaciones y reflexiones, ha significado tanto en el fondo en mi vida, que un porcentaje alto de recuerdos los mantenía ahí.

En el lado a donde nunca llega la luz del sol de la mente.

Hace unos meses hice una música que se llama Armageddon. Con doble D. Esas cosas raras que hago sin saber bien por qué.

Es una letanía. Es marrón. Húmeda. Triste. Y angustiosa.

Al menos para mí. Le puse la foto de la sombra en aquella calle de Paiporta donde grité si había alguien y nadie me respondió.

Ahora, desde ayer, la oigo sin parar. Y escribo estas cartas que tú recibes. Está cada una de ellas impregnada de su atmósfera extraña.

Y como en un rito, en una invocación, me vienen imágenes a la conciencia. Claras, como diapositivas del ayer y el mañana. Como un sueño más real que todo lo real.

Se me mezclan. Me hacen no seguir el relato e ir hacia atrás en un salto.

Por algo será.

- Tengo un palo. ¿Me lo llevo?

Me escribe al WhatsApp mi buen amigo Pablo Abraham.

- Llévatelo. Porque no sé lo que nos vamos a encontrar.

Eso le dije. “No sé lo que nos vamos a encontrar”. Eso pone en el mensaje que él aún guarda. Podría ser el título de un libro. O qué se yo. Ni él ni yo ni nadie lo sabíamos realmente.

Pablo tampoco necesitaba un palo. Lo decía, imagino, para que yo me sintiera más seguro. Pablo, además de hoy miembro del equipo- al que seguro se unió espiritualmente en aquel Jeep que viajó a la oscuridad- es campeón en un sinnúmero de artes marciales.

Cuando tú intentas alcanzarle, él ya te ha golpeado la mandíbula con precisión de un cirujano.

Sé lo que digo. Entreno con él. Boxeo -aprendo- con él.

Me sentí más tranquilo cuando acompañó al gran Ángel Gaitán, al técnico que puso la antena desde la que conectamos- el gran Victorius- y a mí. De lo que vivieron estos dos en una azotea a lo mejor un día hablo. O escribo.

- Me llevo el palo, che.

Pablo es argentino. Y vive todo como los argentinos. Con intensidad. Juega el fútbol como un argentino. Eso para mí es un don. Y además es evangélico. Y para mí eso le provee de unos valores sólidos, rectos, antiguos, irrompibles.

Eso es mucho.

Cuando llegamos al callejón de Paiporta tras jugarlos la vida en el Jeep -Ángel nos salvó conduciendo como a nadie yo haya visto jamás- Pablo oteaba todo con otros ojos. Los ojos de la seguridad.

Se quedó tres horas solo, lleno de frío, lluvia y barro. Protegiendo el equipo. Ni torció el gesto. Supo que era su misión. Punto.

Se puso tenso porque por dos veces varias personas de origen marroquí se aproximaron aleteando suavemente, por decirlo de alguna manera. Eran tres.

Hace un gesto, como de estirar el cuello. Entonces ya sé que algo pasa. O va a pasar.

También sabía que Pablo hubiera vencido a los tres.

Y sin palo.

En un momento dado de aquellas larguísimas horas -emprendimos viaje por la mañana y acabamos a las cinco y media de la madrugada en el hotel- veo, o más bien escucho, pisadas que corren en mitad de la oscuridad.

Plam, plam, plam...

Pensé en Pablo y en el peligro. Y en el equipo. Y en los tres merodeadores.

Pero no. Era una sombra. Una sombra grande. La de Jose Félix Ramajo. Llegaba tranquilo. Jamás olvidaré la diapositiva mental. Como un sheriff entrando en el fin del mundo. Penetrar con parsimonia en el armagedon. Solo algunos saben hacerlo.

Él también llegó con su propio coche allí donde oficialmente no podía llegar nadie. Ni la ayuda. Curioso. La radio había dicho que el ministerio había asegurado... que oficialmente nadie podría llegar.

Plam plam plam. Zapatillazos que huyen chapoteando....

Alguno medio se cae. Los tres merodeadores, quizá los mismos, quizá otros clones similares. Había muchos. Pero estos salían corriendo como si se hubieran chocado con el diablo.

Cada uno arrancó en una dirección. Partiendo de las inmediaciones de Ramajo. O de la sombra imponente de Ramajo. También, por cierto, experto en MMA:

- Ramajo, ¿qué ha pasado? ¡Han salido tres tipos corriendo!

Ante mi pregunta sin resuello, todo entre sombras y frontales de luz que apenas alumbraban más que una línea en mitad de hierros y formas destruidas, distinguí aplomo y su media sonrisa:

- Nada. Cosas mías. Esos ya no roban más esta noche. Al tajo colega, que hay mucho que hacer.

Y había mucho que hacer. Cierto. Pero este era el ambiente. Así contamos a España lo que pasaba en la Zona Cero. Sin equipos, solo a través de una Starlink que desde la única azotea con luz conectó dos minutos antes del directo y de que a todos los que estaban en Madrid les diese un infarto.

Yo no tenía que estar allí. Debía estar en Utiel, a 70 kilómetros. Donde las televisiones tenían sets y cobertura.

Me fui donde no debía. Donde creía que estaba la noticia. Cuatro amigos y una antena cuadrada. Sin cobertura, sin equipo material. Sin saber qué nos íbamos a encontrar.

-Tranquilo, todo irá bien.

Carmen me dijo esto desde Madrid. Solo entraban de vez en cuando algunos mensajes. Yo le dije lo mismo. Me imagino que queríamos calmar a todo un equipo de decenas de personas que no sabían si ni siquiera podrían ver nuestras imágenes. Llegamos a

grabar algunas tomas convencidos de que el directo no se iba a producir.

Yo tendría que enfrentarme, imagino, a una sanción merecida. Irme de mi propio programa y no poder entrar en directo.

Yo confiaba en Carmen 100%. Creo que ella también en mí.

Dos chicos rumanos, una azotea iluminada. Cuando todo estaba perdido.

-Iker, Ángel, nosotros tenemos luz.

Desde allí se emitió. Con unos cables puestos de aquella manera. Sin soporte, sin garantías. A lo loco.

Ahora empiezo a comprender que esa primera noche del jueves de Halloween de 2024 a la que hemos vuelto a saltar de pronto como por arte de magia y origen de todo lo bueno y lo malo que vino después, fue la noche más larga.

La más larga y decisiva de nuestras vidas.

Aunque como digo... ninguno en aquel instante podíamos siquiera sospecharlo.

Por cierto, nunca pregunté a Ramajo qué había hecho para asustar a los buitres de la oscuridad.

Viaje a la Oscuridad (VII)

Olvidé mencionar esto. Fue como el Mar Rojo.

Aquel del cual se separaron las aguas en la escena bíblica. Igual.

Son tantas las escenas marcadas a fuego en esas horas que me apresuro a pescarlas con anzuelo en mis propios recuerdos.

Esto está siendo terapéutico como ejercicio de recuperación de la memoria.

Parece un juego de esos extraños que te dicen el Cociente Intelectual cuando terminas.

Aquí cuando acabas...solo me queda la incógnita.

Una X.

Aquí solo hay escenas como celuloide cortado, algo desordenado. Todo unido por un espinazo difuso.

- ¡Compañeros!

Ángel Gaitán gritaba a través del techo corredizo del aquel Jeep.

No pasaba nada.

Dos minutos antes habíamos estado a punto de estrellarnos.

Fueron tantas las dificultades desde el primer control casi a cien kilómetros de Valencia, que dudábamos poder llegar a tiempo.

En una curva Gaitán se metió por un terraplén.

No quedaba otra.

- O esto o no llegamos.

Y aceleró dejando a un lado la cola y colocándose casi en vertical sobre la ladera.

Vi las miradas de muchas personas que no sé si iban, venían o huían. Era de pronto el gran atasco. Sobre todo de camiones. Camiones verdes, blancos, amarillos. TIR escrito en sus puertas. De Holanda, Portugal, todos allí.

El tapón infinito.

Derrapamos del terraplén y fue el coche cayendo lateralmente como un peso muerto. Todos nos agarramos fuerte.

Seguro que pensábamos a la vez que las prisas eran muy malas compañera en mitad del mayor desastre de la reciente historia de España.

- ¡Ángeeeeeel!

Todos gritamos. Yo iba atrás a la derecha. Intentando hasta entonces averiguar el grado de desesperación de la productora de la cadena. Una persona eficaz en lo suyo pero que ya intuía que no iba a quedar a emitir desde Utiel -a 70 kilómetros de la Zona Cero- como los demás.

- Si ya me conoces. No me lo digas. Me voy con estos tres a la Zona Cero.

- ¡Que han dicho que no se puede llegar!

- Ya lo veremos.

- Pero Iker... ¡Que no hay cobertura!

- Ya lo veremos.

Yo creo que Yolanda sabía que prefería quedarme tirado a emitir desde donde los demás.

Entró un último mensaje deseándome suerte. Fue el último del trayecto. Y escribiendo. algo así como que los dos estábamos en la calle de seguir esta aventura.

- ¡Ángeeeeeeeel!

Y un revolotear del volante. Adelante, atrás, Las ruedas deslizándose sin fijación... cayendo de un montículo embarrado a la autovía.

Y nos deslizamos por el asfalto. Patinamos. Nos encogimos a la vez. Y Ángel como en un último Rallye frenó justo dos centímetros antes de estrellarnos lateralmente.

Clonc. El coche se clavó.

- ¡Veis que bien conduzco!

Lo dijo con una sonrisa. Como si no hubiera pasado nada. Desde los camiones allá arriba, nos miraban.

-Piensan que somos una banda de gilipollas. Y tienen razón.

Me salió del alma. Alguno nos saludó. Estábamos en mitad de un atasco interminable. No íbamos a llegar ni íbamos a emitir.

-¿Cuánto pesa el equipo? - preguntó Pablo a mi lado.

- Mucho. Demasiado -contestó Victorious oteando un horizonte de cientos de trailers parados en todas direcciones. Y Valencia aún muy lejos. Ni se adivinaba en el horizonte.

El Horizonte se me estaba poniendo muy oscuro a mí.

Pensábamos en bajarnos y andar kilómetros cada uno con un petate de equipo. Era otra locura. Imposible. Lo descartamos.

Nos iba a dar la noche allí. No íbamos a emitir. La Zona Cero parecía estar tan lejos como Australia.

En cierto momento a Ángel se le ocurrió sacar su placa de perito judicial. Parecía. de policía. Daba el pego.

- ¡Pero si a te conoce todo el mundo!

- Hay que echarle huevos- dijo alguien.

Varios coches nos dejaron vía libre. Pero de nuevo las moles TIR nos cerraban el paso. Nunca supe por qué cientos y cientos de camiones topaban el acceso a la ciudad 35 horas después del desastre. En los lados, en las explanadas, empezábamos a ver los primeros coches convertidos en esqueletos varados. Algunos parecían hasta calcinados. Era la señal de que entrábamos en otro territorio.

- Guarda eso anda -dijo un policía de paisano que rápidamente nos enseñó otra placa oficial.

Placa contra placa. Placa placa.

- ¡Guarda eso o te arresto!

Esto último lo dijo sin decirlo como con un gesto de la mano de ir adelante.

Vas palante. Eso interpretamos. Y Ángel guardo su identificación como perito. Que allí no valía de nada. Solo nos faltaba ir a comisaría.

- La comisaría estará inundada. Eso o lo dijimos o lo pensamos.

- ¿Ya te han echado de la tele? - dijo Victorius en el asiento delantero echándole un poco de guasa y consciente de que estábamos atrapados sin salida.

En ese instante me acurruqué un poco y pensé en que lo mío era la cagada del siglo. Por cabezón. Por no ir donde estaba autorizado a ir. Donde había parabólicas, unidad móvil, cobertura y luz.

Lo lógico.

- ¡Compañeros! ¡Escuchadme compañeros por favor!

Era Gaitán. Otra vez. Su fe es inquebrantable. La memoria no me deja acordarme si con un pequeño megáfono o a voz en grito. Pero se le oía claro. Medio cuerpo fuera del techo del Jeep.

- ¡Somos Iker Jiménez y Ángel Gaitán!

No paso nada. Nadie se movió. Obvio.

- ¡Somos Iker y Ángel! ¡Debemos emitir esta noche como sea!

- ¡Compañeros!

Nada. Algunos pitos lejanos. Yo miré por la ventanilla y vi el barro acumulado desde donde habíamos ido cayendo. Y como una serpiente interminable de cajas de camiones. Como piezas de lego que encajaban unas con otras. Se iba la luz.

Parecía una de esas películas americanas donde todo el mundo huye de algo.

- ¡Compañeros! ¿Hacedme caso! ¡Venimos aquí a contar la verdad!

De pronto escuché un bramido. El motor del Volvo enorme que iba delante rugió. Aceleró. Y echó una bocanada de humo.

Y se empezó a ladear.

Y el siguiente hizo lo propio.

El portugués con el anagrama como de un león continuó más allá.

Y los del sector derecho igual.

Uno.

Dos.

Diez.

Veinte.

Como un ballet sincronizado. Como una sinfonía.

El Mar Rojo. Y el Jeep empezó a deslizarse. Casi tímidamente.

Yo no acababa de entenderlo. Muchos eran extranjeros. Los españoles agitaban los brazos.

- ¡Con dos cojones chavales! ¡Ánimo!

Empezaron a sonar los pitos.

Y se abrió aquella columna. Ciento de camiones dejando pasar a un Jeep con cuatro amigos, un palo y una antena.

No puedo describir la emoción que me produce siquiera recordarlo.

Yo lo viví. Nosotros lo vivimos. A lo largo de unos siete kilómetros nadie se movió y nuestro Jeep sí. Esto lo veo ahora a cámara lenta. Pasábamos por la zona de sombra de los altos tráilers a un lado y otro. Un pasillo. Un pasillo que nos conducía a otras sombras más allá. Nadie podría creerlo. Pero por ellos llegamos a la Zona Cero.

Por ellos.

Viaje a la Oscuridad (VIII)

Demos un salto.

A lo Bob Beamon. 8.90 en longitud.

Recuerdo de niño un anuncio de transistores Radiola: Un salto de otro mundo.

¡Como Radiola!

Hay cosas que nunca se olvidan. Quedan grabadas a fuego y nadie sabe bien por qué. Tampoco olvido esta reflexión en caracteres de teléfono móvil que me hizo alguien muy bien informado. Es un texto en WhatsApp. Yo iba leyendo a bloques.

Procuraré sintetizar el significado de la mejor manera.

Mira Iker, es muy sencillo. Es el lobo entrando por la gatera.

La catástrofe de Valencia tiene preguntas que no interesan a NADIE.

Paré al llegar a las mayúsculas. Luego proseguí.

El problema es que en una España separada en dos bloques, dos bloques que trascienden más allá de lo social y que se extienden en las instituciones, en las Fuerzas de Seguridad y en los Servicios de Inteligencia, hay una gran batalla y hay unos pocos asuntos que no interesan ...a NADIE.

Porque nadie va a sacar provecho de ello.

Al revés. Queman. Sobre todo, electoralmente.

El muerto, al otro.

Me quedé repitiendo la última frase. Continué.

Y esto era un muerto muy grande. A ver quién se lo come. Cada área sensible con partidarios de uno y otro lado. Lanzándose dagas y esperando a ver de qué lado cae la bola negra. Todo cálculo. Todo estrategia.

Cientos de asesores pensando qué decir, cómo actuar. Y sobre todo... cuándo.

Hay veces que dos maquinarias pesadas se detienen y se miran una a otra.

Antes de embestirse.

Pensé en dos camiones TIR como los de nuestra llegada uno frente al otro. Pintados de rojo y azul. El mensaje seguía...

Y en la tercena noche parece que nadie había movido ficha.

Seguían las tablas.

La gente ahogándose. Tablas.

Y va y aparece un outsider. El de los fantasmas, para más inri. Que ya había tocado mucho, pero mucho, los cojones con el Covid. Y acompañado de un mecánico vacilón.

Se hace oficial que la ayuda no va a llegar porque al epicentro no se llega. Lo dice hasta el Ministerio de Defensa. Lo ratifican los militares. Vaya papelón. Y todos lo dan por bueno. Es una zona sin cobertura. El mensaje único es claro. Allí no se llega.

Y menos de noche. En la noche todos los gatos son pardos y el alma de las cosas se proyecta con todas sus sombras. Nada se esconde.

Y las dos Españas lo aceptan. El pueblo no, claro. El pueblo es el que lo sufre.

Pero las dos grandes familias lo sellan. A ver quién se come el marrón.

Prietas las filas.

Al llegar aquí respiré. Como si empezase a entender. Quedaba un fragmento conceptual.

Pero algo falla en la partida. El outsider que nos enseña los robos,

las ventanas que gritan, las patrullas defendiendo a los suyos. Que nos enseña en tiempo real una dimensión apocalíptica del desastre... por accidente. Por error.

Es un imperdonable fallo en el sistema.

Y quedaba una especie de profunda advertencia...

Ni tu cadena te había dado permiso para lo que hiciste. ¿No te das cuenta?

Tú no fuiste aprobado ni por tu propia emisora. No era el plan. Tú cambiaste el plan en una curva que nadie había apuntado. No estaba anunciado ni autorizado. Ni por los tuyos. Ni, por supuesto, por los demás.

Nadie sabía lo que ibas a hacer hasta que entró la señal. Y cuando entró esa señal...de perdidos al río. El plan maestro es que nadie imaginaba que un periodista iba a ir con una antena y a emitir desde donde no había cobertura para mostrar la crudeza de lo que pasaba.

Esa crudeza dañaba a unos y a otros. Era mortífera más allá de las víctimas. Podía costar muchos votos. Podía costar una desestabilización total.

Había que actuar como fuera. Saben cómo hacerlo. Iban a encontrar a no pocos mercenarios encantados de participar. Porque unos y otros habían dejado al pueblo a su suerte. Los que no actuaron. Los que no lo contaron.

Por eso no te encontraste aquella larga noche a NADIE informando. Obvio.

Y por eso luego te atacaron casi todos después. Es tan sencillo que

me asombra que no hayas caído en ello.

Y no. No había caído.

Había una especie de colofón final. Muy gráfico.

Al lobo que entra por la gatera y revoluciona al rebaño...se le caza.
Unos y otros cargan la escopeta. Y se le caza.

Viaje a la Oscuridad (IX)

Jonathan lleva un 22 tatuado en la jeta.

Es un tipo duro.

Pensé al inicio que era un gitanico que andaba merodeando, desconfiado. Con un par de amigos. Llevaban palos.

A esas horas de aquella madrugada ya no me impresionaba nada. Palos con todo tipo de terminaciones había visto muchos en las últimas diez horas.

También había visto cajeros arrancados de cuajo de sucursales bancarias. Había visto las tiendas de televisores, las ópticas, siendo arrasadas, no por el agua, sino por las manos y las piedras.

Así que Jonathan casi me pareció amigable, aunque guardaba las distancias.

Los gitanicos siempre me saludan muy efusivos y son muy seguidores de mis programas. Eso bien lo sé yo.

Pero que yo sepa era payo y tatuador. Y el 22 era por la fecha de su perrico.

Le quería mucho.

Andaban calientes Jonathan y sus dos colegas. Y hablaban muy bien.

Hicieron una primera pasada y nos miraron a Ángel y a mí con atención. Siguieron y se perdieron en la oscuridad. Que era muy fácil. Tras nuestro único foco todo era negrura.

Al poco volvieron.

- Pero ¿qué hacéis? -les digo.

- Estamos de ronda.

- ¿De ronda?

- Protegiendo a las mujeres. Desde ayer las asaltan en estas calles.

Ángel y yo nos quedamos sin decir nada. Nos fijamos en sus varas y garrotas clavadas en el barro. Todos lo teníamos como una lava

fría hasta la rodilla. Las imágenes lo atestiguan. Pisábamos como astronautas en la Luna, con mucho tiento, lentamente, porque había cosas sólidas por debajo. Y te las podías clavar.

Era la misma esquina de Paiporta donde repentinamente dos mujeres empezaron a gritar.

- ¡Agua! ¡Agua!

Y un coro empezó a sumarse. Yo alcé el micrófono. Como para intentar captar aquellas voces.

Otras más jóvenes, enfadadas, enérgicas, se unían.

- Oxígeno. Mi marido necesita oxígeno ¡Por Dios!

Un hombre indignado en el bloque del fondo.

- Estamos abandonados... ¡Hijos de puta!

Una madre también grita...

- ¡Mi Hijo! ¡Mi hijo enfermo y aquí no viene nadie!

- ¡El oxígeno!

- ¡Justiciaaaa!

- ¡Hijosdeputaaaa!

Estiro el micro tanto como puedo. Noto el aire húmedo pero frío.

Estiro como si quisiera llegar a su altura. Pero están allá arriba, muy lejos. Y sin embargo las voces llegan con una claridad pura. Y se cuelan en casas de toda España.

- ¡Cuéntalo Iker! ¡Cuenta lo que estamos pasando!

- ¡Justicia!

- ¡Aguaaaaaa!

Jonathan y sus dos lugartenientes no se inmutan. Es la tercera noche así.

- En la segunda tuvimos que pegarnos con los que en estos bloques entraban a las casas. Están entrando en las casas.

- ¿Ahí? Señala Gaitán con el dedo.

- Ahí los marroquines. Entraron varios. Yo os aconsejo que no andéis por aquí.

Era la quinta advertencia de la noche. Ya no nos impresionaba.

- Voy con estos.

- Señalo a Albert y su colega. Dos mossos de escuadra. Llevan aquí desde el minuto 1. Son dos valientes. Se han saltado las normas de los jefes. Están desfallecidos y nos quieren proteger.

El amigo del Jonathan cuyo nombre no recuerdo -quizá Adrián- los mira con cierto desdén.

- ¿A que no llevan pipa? ...

Los dos mossos con barro hasta las cejas se apoyan en una tienda de Vodafone de la que no queda ni la sombra. Niegan con la cabeza.

-Pues sin pipa aquí... zona comanche.

Luego nos chocan las palmas de las manos. Entran en el programa. No se cortan. En cinco minutos sueltan zascas sin parar.

Desprotección, abandono, vergüenza.

Son comunicadores natos. Hablan el lenguaje de la calle.

Aún no lo sabía, pero a Jonathan, el del 22 en la cara, vecino de toda la vida, criado en esa misma plaza que hoy era luna negra llena de lodo pegajoso y coches haciendo torres en equilibrio, Ángel le iba a ayudar económicamente. Su situación y la de su familia con un hermano muy enfermo era crítica.

A pesar de eso él salía a hacer la ronda. A proteger a las mujeres. A cuidar lo suyo. Lo de su barrio. Lo de su gente.

En el guión que descubrimos en Horizonte de cómo se iba a informar de los sucesos de Paiporta por parte de gobierno y medios afines...venía que eran grupos organizados de ultraderecha los que habían insultado al presidente. Es lo que los amigos iban a repetir como papagayos. Poco menos que el IV Reich destacado en

Paiporta. Destacaban algunos “expertos” que un cabecilla hitleriano llevaba las SS grabadas en la cara. Casi nada. Un verdadero complot ultra.

Pero yo ya sabía que las SS eran el 22 tatuado del bueno de Jonathan. Recordando a su perrico fiel.

Un tipo indignado que no era un líder nazi. Ni nada que se le parezca. Solo estaba hasta los cojones. Porque le habían vendido. Porque los políticos le habían “dejao tirao”.

Porque no había policía y sí robos por todos lados. Porque tenía que proteger con su vara en las noches de barro a las chicas.

A su barrio.

A su gente.

Viaje a la Oscuridad (X)

- Se llevaban hasta los jamones, y era gente de Marruecos. En fila entraban en el colmado. Ahí, ahí...

La mujer parece un punto allí arriba. Asoma la cabeza como una pequeña bola negra.

Es muy tarde ya, pasada la una de la madrugada.

Cerca de las dos quizá. O las tres. Quién sabe. El silencio es total. Solo esta conversación surreal, rebotando con eco, la rompe.

- Nos ha dejado este gobierno solos. Aquí no viene nadie. El Mazón y el Sánchez...

- ¿No ha recibido ayuda aún? -le grito intentando alumbrarla desde abajo con el haz de la linterna. No hay una sola luz aparte de esa.

- Aquí me han dejado con los ladrones, hijo. Esos sí que vienen. Arramplan con todo. ¡Te digo que ni los jamones dejaban!

- ¿Quiere decir algo más?

- Sí, a los políticos, ... ¡Malnacidos todos! ¡Nos habéis abandonado!

Antes, en la misma manzana, otra señora me había dicho algo calcado. Con los jamones. Como si se les quedase grabado a fuego el contraste. Como fotografía de una realidad.

No bajaban.

Tenían miedo.

En la voz se sentía el miedo.

Cerca hay un montón de coches. Como siempre unos encima de otros.

- Es un cementerio, oigo a la espalda.

Pero a diferencia de lo que llamamos “cementerio de coches” este se ha formado solo. Por arte de magia. Magia negra, imagino. Los vehículos se han ido apiñándose en un descampado.

Como un puzzle. Como un tetris de colores y ventanas rotas.

Algunos intermitentes se activan.

Algunas luces siguen dadas. No me lo explico. Es la tercera noche.

Cae líquido de las baterías al suelo. Se mezcla con anticongelante. Huele a azufre. A algo tóxico que entra por los pulmones como una nube inmediata.

Intuyo que la reacción de elementos puede ser peligrosa. Hay unas burbujas verde fluorescente.

Se mueven.

La mezcla hace dibujos siniestros en el barro.

Uno parece una gran mano mano que se adentra en el suelo.

Es ahí cuando escucho algo que nunca pude comprobar. Que comentaban algunas personas. Personas que a veces eran voces sueltas. Que iban y venían. Como un susurro. A veces iban los informantes con un frontal de minero. Un rectángulo en la frente. Nunca vi tantos. Otras llegaban sin nada, como una sombra. Acostumbradas ya a la negrura en la tercera madrugada en la boca del lobo.

- Hay dos poblados chabolistas que han sido arrasados. Pero arrasados. Estoy seguro de que no tuvieron tiempo.

Lo dicen y se van. Alguno me apunta señalando hacia el río:

- Rumanos casi todos. Gente humilde. Estos no han podido escapar.

La idea de los “rumanos desaparecidos” como tantas otras, flotará en el ambiente en esas 24 horas.

Alex, entrañable amigo de esa nación, me mandó un mensaje de texto. Llegó a mi móvil que ya tenía la pantalla rajada y el micrófono lleno de barro reseco. Las cosas a veces llegaban y otras veces se perdían en algún tipo de limbo. Bien lo comprobaría después.

El mensaje de mi amigo Alex resumía preocupación por un número muy alto de compatriotas suyos de los que no había rastro ni señal a aquellas horas. De eso se estaban hablando entre los grupos de rumanos en Madrid.

Tuve mis dudas y no dijimos nada. Daba la impresión de que las noticias corrían rápidas de fuera adentro y de dentro afuera en intervalos. Un magma muy extraño y cambiante. Todo podía ser posible e imposible a la vez.

Alguien me aclara, en una esquina, junto a un barco. Porque hay un barco en mitad de la calle.

Un barco. Tan lejos de la mar. Pisando línea continua.

Lo irreal. Lo delirante. Aquí está.

Junto al barco alguien que se identifica como policía local de Torrente -eso creo recordar -me habla sigiloso, como confidencial:

- Yo estoy casi seguro que la ola se llevó las chabolas de una. Ola enorme. Pero que ellos escaparon antes.

Luego gira sobre sus talones y se va.

Se había difundido en la madrugada que el periodista estaba ahí. Yo era una novedad, porque no había más. Sencillamente.

Qué cosas. Solo en la noche de la oscura boca del lobo.

Y claro, algunos querían contarme su visión. Algunas eran contradictorias.

Lo que pasa, imagino, cuando una población en shock queda desamparada.

Tiempo después localicé las ubicaciones de esos poblados marginales. Las estudié a fondo. Parece que muchos fueron advertidos.

Pocos instantes antes. Antes de la ola.

Aquí todo el mundo me repetía una cosa. Eso es cierto. Había un denominador común.

Aquí no llovía.

No llovía Iker.

Te digo que no. Cojones. Que no llovía.

Pero de pronto llegó el Infierno.

Viaje a la Oscuridad (XI)

Gente disfrazada de Halloween.

Cuando regresamos a Valencia el impacto fue enorme.
Disfraces.

Como si la gente no se hubiera enterado.

En una gran avenida a la derecha, una discoteca de moda. Chicas guapas, chicos guapos, hacen cola. La noche es templada. Ríen. Bromean.

Parecen no saber que a 5 kilómetros empieza el Infierno.
Les miró con la ventanilla bajada. Vamos de barro hasta el pelo.
Nos miran.

Deben creer que vamos disfrazados como ellos.

Yo me pregunto, a las cinco de la madrugada de la tercera noche del desastre:

¿Qué les estarán contando de lo que ha ocurrido?
¿Acaso nadie sabe lo que está pasando ahí al lado?

Luego supe, por ese fino, elegante, señorial central del Valencia tantos años, Don Miguel Tendillo, ídolo de la niñez, que en la gran ciudad, en la bella almendra de la urbe, muchos pensaban que era una gota fría más.

Que no se habían enterado de la gravedad hasta “la noche de las ventanas”.

Hasta la noche de la antena emitiendo sin permiso desde la azotea de los rumanos.

Hasta la noche de Horizonte.

Regresando entre disfraces de terror y con los sonidos repetitivos de la fiesta, en ese contraste que añadía a todo, tintes alucinatorios, pensaba en que habíamos subido leche y pañales a balcones hacía tres horas. Que habíamos visto los coches con familias ahogadas en garajes de Paiporta. Que habíamos deambulado por el *Mad Max*.

Me froté los ojos. Más allá, otro club lleno. De jóvenes que bailaban reguetón.

No imaginaba que, por esa misma avenida, miles de personas iban a desfilar en hilera interminable en la primera gran ola de voluntarios a la mañana siguiente. Muchos de ellos tras ver el programa. Valencianos espantados con lo visto y escuchado. Indignados.

Furiosos.

- Qué hambre.

No sé quién lo dice. El coche con los cuatro, y el de Nacho Navarro, cuyo Jeep Renegade amarillo está medio reventado por las peripecias, además del de una cámara del equipo que se incorporó después junto a Rubén, han llegado al hotel.

Me acuerdo bien de aquel Hotel. Aquella noche. Tumbado en la cama. Mi incredulidad ante lo vivido. Era un establecimiento algo ajado. Algo decadente. Como si hubiera vivido mejores tiempos. Correcto. Confortable. Pero...no sé. Dejémoslo ahí. Quizá sean imaginaciones mías.

En el garaje del hotel, el equipo, que no se había visto apenas las caras pues trabajamos desde zonas diferentes, se dio un

gran abrazo, se cambió las botas de goma por las otras igualmente manchadas y comió unos bocadillos que Javi, nuestro joven productor, nos había envuelto con mimo desde Madrid. Casi no hablábamos. Misión cumplida por el momento. Eso pensaba.

Llevábamos casi 24 horas sin probar bocado.

A pesar de eso, tengo el estómago cerrado. Mi mente está procesando todo. Como cuando un vídeo sube a la red y le cuesta. Procesando...

- Mañana hay que volver a Paiporta - dice con la energía que siempre le sobra Ángel.

- ¿No puede ser un lío tremendo presentarnos allí después del programa? - digo yo

- Tengo que dejar las tres furgonetas allí para que puedan usarlas. Hay que volver.

Ángel Gaitán es así. No solo motivó todo. No solo se dejó el alma. Dio desde el inicio vehículos suyos, un dineral, para que en Paiporta pudieran usarlos las autoridades. Luego algunos que las emplearon, le criticaron.

Así se escribe la historia.

Desde el minuto 1, más allá de la misión de contar...Ángel se volcó en ayudar. En todo.

Y con todo.

Está a años luz como humano de todos los que le han intentado hundir con falacias y mentiras.

En la trinchera se ve la luz o la sombra de alguien.

Este viaje me hermanó para siempre con él.

Y ya puede decirme el mundo entero que esto no es así.
Porque yo lo vi y lo viví.

- Vale, pues mañana volvemos a Paiporta y repartimos todo el material en la calle principal -apunté repentinamente convencido.

Apenas pruebo bocado. Nos hacemos una foto en el garaje del hotel. Estamos exhaustos. Mucho trabajo, mucha tensión. Mucha emoción.

No soy consciente -porque yo no vi lo que se dijo en plató- que ese Horizonte será una bomba en España. Intuyo que va a tener repercusión y que se ha hecho un gran trabajo. Pero estoy lejos de imaginar la onda expansiva a todos los niveles.

Esa noche tengo alguna pesadilla. Me ducho. La habitación es grande.

Hablo con Carmen.

Ella ha mantenido el tipo con una entereza que a otros muchos derrumbaría.

Un directo sin saber dónde estaba yo. Sin llegar la señal. Con un equipo de 50 personas e invitados cardíacos. Con los directivos sin saber si iba a entrar desde el punto autorizado o desde otro. A falta de dos minutos no llegaba nada. Pantalla en negro.

Y ella tranquilizando a todos.

Hay que tener mucho aplomo.

Y muchos ovarios.

Ya más tranquilos, ambos como voces lejanas quizá por el cansancio, recordamos un momento tremendo.

Mi hija Alma, en pleno programa, me manda un WhatsApp. Casi al final.

No sé por qué llegó. Porque como pudimos comprobar casi nada llegaba.

“Eres un héroe papá. Me están escribiendo todos los amigos. Y todos me lo dicen. Estoy muy orgullosa de que ayudes así a esta gente que lo ha perdido todo. Pero ten cuidado, por favor. Te quiero papá.”

Cuando lo leí en Paiporta, en mitad de tanta muerte, me pareció el mensaje de la vida. De la vida inocente. De la vida que siempre pende de un hilo.

En pleno directo me vine abajo, apoyado en una rueda. Y me eché a llorar como un niño.

Sé que en plató Carmen y Bea Talegón también lo hicieron.

Puedo decir que Horizonte es una verdadera familia. Hay unos hilos, unas energías, que no las hay en otras partes. Es así.

Y aquel instante nunca lo olvidaremos.

Tras llamar en la calle sin nombre y recibir el silencio de muerte como aparente respuesta...las letras, la carta digital breve y concisa de mi hija, me catapultaba de nuevo a la luz.

Lloré ante media España. Porque la mezcla de dolor, de alucine y de afecto de lo que uno más quiere, se habían mezclado en un segundo.

Esa noche tumbado con una toalla en la cama, todo apagado, todo en silencio, miraba al techo. No podía conciliar el sueño. Me venía mi propia sombra. La de aquella foto. La veía reflejada.

Dios mío... Pero ¿qué había pasado? ¿Qué hemos visto? ¿Qué hemos contado?

El equipo había puesto en redes esa imagen de todos en el garaje tras la larga jornada en el averno.

De pronto hizo clic el móvil como cuando se recibe algo.

Dudé de si tocar el móvil. Quería dormir. Me lo acerqué a la cara.

Era alguien que comentaba la foto.

- Sois unos hijos de puta. Malnacidos. Pagaréis por esto.

Viaje a la Oscuridad (XII)

- Os reís de las víctimas haciendo una foto en los garajes afectados.
No tenéis corazón.
Hijos de puta.

Me quedé muy extrañado.

No intuía que aquellos comentarios, varios y lanzados a la vez en diferentes redes, serían solo los primeros de una tromba posterior.

- Esta panda de gilipollas... ¿Qué están diciendo? -me pregunté a mi mismo contrariado.

- Braceé en la oscuridad de la habitación. Entraba claridad plata por la ventana.

Di un mordisco al bocadillo de tortilla fría. Un trago a una Coca Cola abierta.

Ese resplandor casi blanco de la luna me sobrecogió. Era como una sábana fina.

La misma claridad espectral que me había sorprendido en la calle sin nombre.

- Haceros una foto en el garaje es ser unos malnacidos. Ojalá os lleve otra Dana.

- Giré el móvil y quedó dando la pantalla a la almohada.

Me esperaba otros piropos, sinceramente. Era demasiado pronto.

Eso pensaba.

Los insultos sincronizados a una foto en un hotel malinterpretada por alguien no tuvieron mucho recorrido. Ahora sé que debí anotarlo en la mente como un indicio.

Porque ahora sé que era una pista sumamente interesante.

Pero estaba tan ocupado y sobrepasado mentalmente que ni me acordé.

Indudablemente se habían activado corrientes molestas con nuestra repentina e inesperada aparición en la noche de autos.

El lobo en la madriguera.

Soñé con una lengua negra de agua que me alcanzaba dentro del hotel. Que entraba por la puerta de madera muy deprisa. Que se colaba en aquella estancia con un gran hall.

Parecía una mano negra de alquitrán brillante que quería llevarme.

Luego escuché en duermevela unas sirenas. Me incorporé.

Había un sol radiante. Y hasta calor.

Salimos al exterior.

En el buffet alguien se me acerca. Varios se me acercan.

- Está guapísimo tu programa de Cuarto Milenio. Venga un selfie.

Me quedé muy quieto. Con un croissant en la mano. Era como si nadie se hubiese enterado de nada. En el centro de Valencia.

Sonaba la máquina del café y olía a pan tostado.

Un día más en el comedor. Otras cinco personas me pidieron fotos.

Nadie hizo alusión a la tragedia a seis kilómetros.

Mi alucine iba en aumento.

Al coger el Jeep cambió todo; la hilera de voluntarios era increíble.

Nos saludaban, nos animaban. Alzaban sus palos. Eran miles. Miles. Iban en procesión por las aceras, por los arcenes. Por los puentes.

Yo quería pasar inadvertido. Me acurrucaba un poco ahora en el asiento del copiloto.

Se nos aproximaban. Ángel bajaba la ventanilla. Como abrumado.

- ¡Ahí vuestros cojones! ¡El Pueblo salva al pueblo!

Grabamos Ángel y yo la fila que no terminaba. Que atravesaba los puentes.

Cientos y cientos de jóvenes.

Era impresionante.

- ¡Te vamos a poner una calle Ángel!

Ángel me miró y luego dio tres bocinazos como respuesta. Vimos algún coche de policía local. Poca cosa.

Atravesamos lentamente Picaña y Paiporta.

Los agentes con cara de apenas haber dormido que estaban en un cruce se nos cuadraban.

Nos felicitaban.

- ¡Que vea todo el mundo lo que pasa aquí chavales!

Aparcamos las furgonetas y sacamos todo lo que llevamos. La gente pasaba y nos pedía. Y se lo dábamos. Como autómatas. Unas mantas, agua, leche, leche en polvo...y unos y

otros como en una cadena humana improvisada iban trasladando las mercancías que partían de tres vehículos que habían llegado a una zona oficialmente imposible.

Donde no se podía llegar según el Ministerio de Defensa.

Miré alrededor. Eran las diez de la mañana. No vi ni un compañero. Ni un medio.

Me extrañó.

Puede que estuvieran por otros sitios.

Pero allí no.

Hubo algún conato de pelea. Algo breve. Alguna contestación nerviosa.

Querer coger más de lo que se debe.

El ser humano.

Pablo tensó el cuello. Por si acaso.

Detecté de inmediato que el barro olía peor que el día anterior. Era una nube de podredumbre la que se iba aproximando. Como una burbuja invisible que se estuviera descomponiendo. Y recordé tiempos de la pandemia al ponerme la mascarilla otra vez.

Un Déjà vu.

En el viaje de vuelta, tras donar Ángel sus tres furgonetas -para que pudieran operar allí los funcionarios cuyo parking móvil eran ya fragmentos del cementerio de coches -conectamos por mi móvil en YouTube. Increíblemente había cobertura.

Entonces pasamos por un pueblo cuyo nombre no recuerdo.

Tan solo 24 horas antes, en la ida, en el mismo camino quebrado, las personas se arremolinaban entre tumbas porque justo el camposanto era la cúpula donde sí se podían activar los teléfonos. Qué contraste. Las personas junto a las lápidas, con caras de

angustia, abrazados algunos, pegados al móvil para saber si los suyos seguían con vida o no.

La llamada terrible. La última para algunos.

Una de tantas paradojas que si se han visto son imposibles de olvidar.

Carmen y mi hija me recibieron como al héroe que vuelve vivo de una guerra.

Aún, creo, no éramos conscientes de nada.

O no del todo.

Volver al hogar fue como volver al vientre materno.

El programa hizo una buena audiencia, tampoco la más alta ni excepcional, pero marcaría un rumbo diferente en Horizonte. Un rumbo que no ha abandonado.

Es decir, ahí, esa noche, se marca un Rubicón.

Una palabra que yo uso mucho. Y los romanos también la usaban. Era un puente del que ya no hay regreso.

A veces el Rubicón era el más allá.

Rubicón, por cierto, también era el nombre del vehículo que nos había transportado.

Dejé las botas en el garaje. Pensando que ya no iba a volver. Me equivocaba.

Las puse en una esquina. Llenas de lodo en diferentes estratos y

colores.

Tenía la sensación del deber cumplido.

A las 24 horas estábamos de motu propio en el taller de Ángel Gaitán en Aranjuez. La Operación Ayuda se había puesto en marcha. De forma caótica, a golpe de riñones de Gaitán. Alguien que aún estaba más enloquecido que yo con todo lo percibido. Teníamos que estar. Y allí, junto a la familia de mi gran amigo Óscar, que nos fuimos.

Lo que era una comida tranquila con las niñas se convirtió en otra cosa.

Toda la tarde. Sin parar. Empacando ropa, ordenando alimentos, seleccionando todo tipo de objetos. Cientos de vehículos, la mayoría de currantes, de buena gente, venían con lo que podían.

El destino: regresar a la Zona Cero.

En aquellas personas que llegaban gota a gota al taller ya veía que el impacto emocional era enorme.

Caía la tarde.

Algunas se me pusieron a llorar. Repentinamente. Solo al verme. Yo me quedaba callado. A algunas les di un abrazo en un acto reflejo.

Pero veía todo desde una lejanía.

Como si lo de la noche en Paiporta hubiera sido en otra vida.

- El lunes volvemos.

Lo dije como un autómata. Como si hablase un yo interior que no intuía los problemas que estaban por venir.

Un yo interior independiente y con voluntad propia ajena al raciocinio.

En la noche, en diferentes llamadas y conexiones entre toneladas de ropa, enseres y juguetes donados, escuché por primera vez hablar de un gran parking donde todo el mundo intuía una gran tragedia. Pero creo que no hice mucho caso atribulado de un lado para otro y entrevistando a los voluntarios.

- Protección Civil de Valencia nos está llamando a odontólogos forenses como yo para identificar víctimas. Debe ser un desastre mucho mayor de lo que nadie imagina.

Escuchaba con atención. Y con nervios. Hablaba un experto a través de videollamada. Veía en mi propio móvil que había declaraciones atribuidas a la alcaldesa de Chiva que intuía que solo en los campos de sus municipios podría haber centenares de víctimas.

Alguien me mando un recorte de eldiario.es

“1900 denuncias de personas desaparecidas en el 112”

Me miré el antebrazo y noté como se erizaban el vello lentamente. Nada que tuviera que ver con esta tragedia permanecía ya ajeno. Todo estaba dentro de mí.
Es una sensación de conexión muy extraña.
Diría que como garfios en el estómago.
Más o menos.

Esa noche nos centramos en emitir desde el taller de Ángel. Hubo cientos de miles de seguidores en tiempo real. A mi entender, ese

es mi recuerdo, estábamos muy indignados. Muy combativos.
Metiéndonos con todo el mundo.
Nos daban igual unos y otros.
Todos con su inacción habían provocado el desastre.
Un desastre que sentíamos bullendo en las entrañas desde el viaje a la oscuridad.

- El lunes salimos para allí -volví a decir, esta vez mucho más alto.

Giré sobre mis talones. Y añadí mirando a mi mujer:

- Este viaje, esta historia, intuyo que va a cambiar nuestra vida.

Miré el móvil. Eran las 01:59 del 3 de noviembre de 2024.
En ese preciso instante alguien me mandaba la foto de la entrada a un gran parking anegado.

- Aquí han debido morir muchas personas -me dije a mi mismo.

Miré al cielo.

Luego recordé que en *La Estirpe de los Libres*, desde mi casa y tres días antes, hablando con el gran portero Santi Cañizares -cuya finca había sido inundada parcialmente- mucha gente empleó nuestra emisión para ponerse en contacto como un angustioso tablón de anuncios.

Preguntaban unos por otros.

Muchos afirmaban estar en el techo de centros comerciales.

Fue su salvación.

Volví a mirar la foto de una entrada de aquel parking.

Tuve una sensación terrible.

¿Cuántos vehículos habría allí adentro? ¿Les habría dado tiempo a huir a todos?

La luna creciente mostraba todo su misterio. Se reflejaba justo un arco de su circunferencia.

Como una cuchilla.

Viaje a la Oscuridad (XIII)

Tres fuentes diferentes, todas de fuerzas de seguridad del estado, nos aseguraron que había muchos cuerpos en aquel parking. También desde el ámbito forense y de protección civil.

Al regreso del segundo viaje, tras llevar a buen término -no sin pocos contratiempos- nuestra Operación Ayuda, nos encontramos con la tormenta perfecta.

Se había desencadenado encima de mi cabeza.

Al parecer cientos de medios -mi equipo llegó a recoger más de 500 artículos solo en prensa que no leí- nos estaban atacando y pidiendo nuestra cancelación inmediata.

Eso se ha visto muy pocas veces en este país.

O ninguna.

Ojeé alguno por encima. Lo más lindo que me decían es que me fuera de España.

Me pregunté ¿Cuál fue el error? ¿Lo había cometido yo solo? ¿Era una trampa?

A esas horas ya había hecho un comunicado en YouTube y en Twitter, que fue la red donde expresé mi mensaje primigenio, convencido de que había cuerpos en aquel sitio.

No desconfiaba de las fuentes.

Eso si, en cuanto las autoridades confirmaron que no los había, sin borrar jamás mi tweet porque es lo que yo pensaba en ese momento, me alegré y respiré aliviado.

Nunca me sentí más contento por el fallo de las fuentes.

Pero, indudablemente, había algo muy extraño en toda esta concatenación de acontecimientos.

Lo que no sabía en aquel instante es que en ese "fallo" había muchos más intereses.

Intereses que ni imaginaba.

Me sorprendió la virulencia de los ataques, algunos de compañeros con los que no tenía el menor problema. Muchos afirmaban que nosotros en *Horizonte* habíamos dicho en vivo que había mil muertos o setecientos allí.

Nada más falso.

Pero eso lo recordaba. Aquellas personas, algunas uniformadas, que mientras descargábamos el material de decenas y decenas de camiones en el almacén improvisado del doctor Safadi, que me repetían "allí hay mil muertos", "allí hay setecientos". Tienes que decirlo en tu programa.

Y nunca lo dije en *Horizonte*. Nunca dimos las cifras 1000/700 que tantos iban a dar por hecho que dijimos.

Obviamente si sigo en antena es porque ese programa -y todos los de la riada- se analizaron en servicios jurídicos minuciosamente.

Hablamos de vehículos, de la cifra de posibles coches estacionados según escuchamos a la Guardia Civil. Del sistema de si había tickets. Discutimos en torno a eso. A que según nos informaron no los había físicamente -y de las luces de aparcamiento y control.

Y que obviamente era un infierno sin posible acceso en esos instantes.

Si alguien mencionó que podría haber fallecidos allí no era del equipo de redacción de *Horizonte* del que yo soy responsable.

Eran instantes de confusión enorme. Reporteros hacían guardia. Hasta el punto de que yo no sabía que más de 300 titulares hablaban a esas horas tempranas de "lugar como gran icono de los desaparecidos", "Es un cementerio", "Nadie sabe cuánta gente puede haber dentro".

Ese era el ambiente general.

Tampoco sabía que ya se habían dicho, en antena y en portada cosas muy concretas.

Luego intentaron borrarlas. Pero eso vendrá más adelante.

Es más, nos llegó en vivo y contamos la noticia de que en los primeros vehículos inspeccionados no había nadie.

Nacho Navarro, desde la entrada anegada al parking, conectó asegurando que allí no percibía nada anómalo ni nadie nos hablaba de cuerpos.

Luego, como digo, comprobaría que otras cadenas nacionales no hicieron lo mismo desde el mismo lugar.

Más bien dijeron, en informativos y en programas, que estaban con la UME, que habían visualizado los cadáveres. Y anotándolos. Que estaban esperando al juez.

Pero eso habrá tiempo de explicarlo.

En aquellos primeros instantes, Bonaire era un mundo sellado del que, hasta que lo dijeron las autoridades, nosotros no teníamos forma humana de acceder.

Por eso, en mitad de los truenos mediáticos, me venían también las dimensiones de ese lugar...y mi duda de que al ser tan enorme pudiera llenarse en un instante.

Comprendía que en garajes pequeños la muerte llegase convertida en agua. Imposible escapar. Pero aquel espacio era gigantesco. El agua hubiese tardado varios minutos en anegarlo sin que nadie hubiese bajado a por el coche y se hubiese refugiado en las plantas superiores.

Yo no podía creerme que las fuentes me hubiesen dicho una mentira así. ¿Con qué sentido?

Aún no se lo encuentro.

A una de esas fuentes, muy concreta, la localizó un forense valenciano que es quien me informó:

- De eso no voy a volver a decir nada. Ni te he dicho nada. Borra mi teléfono. Cualquier acción te llevaré al juzgado.

Eso le respondió. Esa actitud no fue única.

Otros informantes guardaron silencio y además del hermetismo deslizaron amenazas.

Solo diré que soy un sabueso ya veterano. Jamás dejó una pista abierta. Y menos está que casi me arranca la cabeza.

Un año después sigo investigando.

- Yo sé que tú eres un hombre de honor.

- La voz grave, con fuerte acento siciliano de Alessandro Salem me despierta a las ocho de la mañana.

En ese instante, aunque yo no lo sabía, TVE, La Sexta, la Ser, El País, el Plural, El Mundo, todos los medios de este país están bramando. Algunos pidieron en antena mi cese inmediato.

Pero Salem, tengo que decirlo, me demuestra esa mañana temprano los coglioni más grandes que he visto en la televisión.

- Yo me ocupo. Sé quién eres. Cuenta conmigo.

Me quedé en shock.

Con Salem tuve conexión desde el día 1 que nos conocimos.

- Me encanta lo que haces de misterio de las ciudades de España - me dijo sonriente.

Salem es un hombre apuesto, atildado. Firme. Al mismo tiempo emotivo.

El prototipo de italiano.

Es así.

Y enorme comunicador.

Nos caímos bien. También eso es así. Eso pasa o no pasa. Nunca se puede forzar.

Pero sabiendo, o intuyendo, la que le estaba cayendo a él como cabeza visible de un grupo de comunicación, le dije muy tajante:

- Alessandro, por lo que me cuentas, concibo el nivel de la campaña. Quiero que sepas una cosa, si yo causo a este grupo un daño tan grande, podemos rescindir el contrato ahora mismo. Yo no voy a ser un problema para la casa que tanto me ha cuidado 20 años. Tienes mi palabra.

Y eso es lo único que tengo.

- Iker, no te voy a dejar solo en esto.

Después colgó.

Y yo tuve la sensación, inmediata, de que la conversación breve que acabábamos de tener, sentado yo al borde de una cama y él imagino en su despacho en la planta noble de Mediaset, iba a ser vital.

Vital.

En ese instante me pregunté: ¿Y solo estas fuentes me dijeron a mí lo de los cuerpos con algún objetivo?

Muy pronto, en pleno volcán de acontecimientos, iba a conocer la sorprendente respuesta.

Sandra, la directora de comunicación de Mediaset me llamó después. Yo caminaba a un lado y otro del hall de la habitación como hacen los presos.

De alguna forma...era un preso con condena mediática. Y muy alta.

Sandra estuvo cariñosa y valiente.

Éramos un mínimo equipo frente a todo el mundo.

No estaba mal.

Iba a ser un partido muy desigual.

Y lo bueno es que ella, al igual que Salem, no sabía la verdad aún.

Yo tampoco.

Volví al dormitorio.

Un rápido vistazo al scroll del móvil me hizo comprender la campaña brutal que incrementaba su furia.

Presentadoras importantes de la radio y la televisión diciendo que era incomprensible que mi compañía mantuviese mi programa un minuto más.

Era oficialmente el bulero de España.

Dudé de si despertar del todo a Carmen.

La vi de espaldas. Mi compañera en tantas batallas. Mi verdadera colega.

Tampoco me iba a dejar solo. Eso ya lo sabía yo.

Y yo tampoco a ella.

Contábamos con una certeza profunda: jamás quisimos mentir a nadie.

Pero ... ¿Cómo contarle el tsunami que nos venía?

Otra batalla. Como con el Covid. Otra más.

Y además parecía aún peor.

¿Sobreviviríamos esta vez?

Viaje a la Oscuridad (XIV)

- Acaban de pedir en La Sexta que te quiten la publicidad. Desde el plató.

Me avisan y yo no me lo creo. Pero es verdad. Campos, periodista, nos acusa de mentir y de inventarnos lo de los muertos en Bonaire.

Fango, fachosfera, somos unos miserables.

Okey.

Debemos ser incluso un peligro nacional. Después, resumiendo, habla de que hay que cerrar el grifo a mi programa y menciona alto y fuerte que hay formas para presionar a Mediaset a nivel incluso gubernamental para que no vaya tampoco publicidad institucional a cadenas que den pábulo a un programa como el mío que ha osado decir eso.

Hemos sido los que hemos dicho lo innombrable.

Aunque realmente yo, sin dar cifras, lo había dicho en un tweet, no en *Horizonte*.

Pero me da que a esas horas era *Horizonte* la presa a abatir.

El Sr Campos no era rebatido por nadie. En un programa de la competencia, a la misma hora, se decía esto. Y creo que esto, según me han hecho saber catedráticos en Ciencias de la Información que preparan un trabajo sobre lo que pasó, es un hecho insólito en el periodismo español.

Pero algo fallaba.

El programa de La Sexta, al igual que en todas las semanas anteriores y las que vendrían hasta un total de 26, nunca pudo con *Horizonte*. A pesar de sus nada veladas acusaciones y llamadas al boicot.

Es curioso.

Sandra, que se maneja en los medios como pez en el agua, me llama. Esta vez la noto alterada.

No es para menos.

Hay preocupación sincera.

- El País sale contigo en la portada. Van con todo. Y van con el boicot publicitario. Es una campaña totalmente orquestada.

A toda plana más o menos esta idea: un banco internacional abandona a Iker Jiménez por sus bulos.

Y ahí, ahí queridos amigos sí que estábamos muertos.

Como programa. Porque era nuestro patrocinador.

Es muy sencillo, si hay algo temeroso, si hay alguien que no quiere problemas, esas son las grandes empresas. El mundo de la publicidad, lógicamente, no quiere líos. Un anuncio así cabalgando ni más ni menos que en El País sería más que suficiente para que una larga fila de otras marcas abandonara el barco. De inmediato. Me parece hasta normal. Lo digo sinceramente.

Nadie quiere líos. Aunque el mundo sea un lío.

Es un anacronismo. Pero es así. Sigue siendo así.

Soy zorro viejo para saber que la verdad, los hechos, importan poco. Aquí lo importante es no quedarse con el caballo perdedor. Y en esos minutos desde un plató nacional, a nivel publicitario y periodístico, me habían colocado en el pabellón de los rocinantes famélicos y desahuciados.

El País no sé si puede dar muchos consejos sobre bulos en portada. Basta mirar la hemeroteca. Pero bueno, ejercía de portavoz de algo que iba más allá de la noticia. Era la bandera de un movimiento anti fake news. ¿Quién en su sano juicio no querría sumarse a tan loable causa en mitad del dolor y la tragedia?

- ¿Esta portada con todo lo que está pasando? ¿Los problemas o decisiones internas que pueda haber entre un patrocinador privado y un programa de una cadena también privada?

Me lo pregunté. Porque me parecía inaudito.

Tras lo ocurrido en Paiporta con los Reyes y el presidente, tras no tener aún datos sobre el nivel de la tragedia, con muchos desaparecidos, esta información se consideraba clave por parte del, dicen, periódico más influyente.

Cosas veredes, amigo Sancho.

Pero tú y yo sabemos lo que estaba pasando. La orden era clara. Matar un programa molesto por la vía que sí puede destruir y explotar como una bomba de relojería. La publicidad.

Esa publicidad que, a nosotros, que no vivimos de los impuestos públicos como una cadena pública, nos permite vivir y contar.

Es nuestro oxígeno.

En aquel instante me percaté de una cosa gracias al gran Diego Maraño. Un chico cántabro callado, eficaz. Un genio. El mejor que yo he conocido en la documentación.

Eran dos recortes.

Eso me hizo de inmediato saltar todas mis alarmas de la intuición.

El periódico El Plural, otro que nos había atizado desde el primer minuto, pedía también en grandes titulares que *Horizonte* fuese ajusticiado.

Por decirlo metafóricamente y para entenderlos. Adjuntaré el pantallazo. Porque luego lo modificaron.

Decía el insigne medio que había cometido la imperdonable desfachatez de insinuar que había fallecidos en el parking.

Es curioso, porque debían saber que mis fuentes y las suyas eran las mismas.

Pero había algo más.

Resulta que unos días antes...ellos publicaban esto:



Entonces, como vulgarmente se dice, sí que me quedé a cuadros.

Yo... y todo el equipo.

Y quizá, si no lo sabías, ahora tú.

¿Cómo era posible?

¿Ninguno de los 500 artículos que nos querían matar habían visto esto?

Pero eso no era lo peor.

- Son 16 minutos. Ahí lo llevas.

Recuerdo todo como un torbellino muy rápido. Era Juan Berrueta. Otro genio. Rápido, preciso, el mejor editor de televisión en España. Me mandaba algo al móvil.

- No estoy para ver un vídeo tan largo ahora mismo Juan... ¿sabes la que tengo montada?

- Hazlo, jefe.

Yo no sabía nada. Estaba en la mesa de mi cocina. Con las llamadas de la cadena por un lado ante lo que se avecinaba a nivel del gran boicot publicitario que iba a dar al traste, obviamente, no solo con *Horizonte*, sino con *Cuarto Milenio*. Con todo lo que tuviera que ver conmigo.

Juan añadió lacónico algo por WhatsApp que nunca olvidaré:

- Es por justicia.

Aquel vídeo de 16 minutos lo cambió todo. Nunca tuve los ojos tan abiertos en mi vida. Jamás.



Era, sin yo saber que Juan estaba en ello, la hemeroteca. Bonaire Cronología. Lo que se había dicho, lo que no se había dicho, los tiempos, los borrados. Todo. Todo de todos.

Y creí alucinar. Todo había pasado, curioso símil, mientras yo estaba llevando ayuda a Valencia.

Al tiempo, una maquinaria engrasada con las voces más potentes me hacía culpable de todo.

En los Ondas pidieron mi cabeza. Era como un rito. Presentadoras de informativos dijeron que lo que yo hacía no era periodismo sino bulos. Otro personaje que yo pensaba que era seguidor pues eso dijo su pareja me llamó "terrorista informativo".

Y célebres y reputadas presentadoras de La Sexta declaraban “caerá sobre su conciencia”.

Pero ellas mismas habían hablado de este lugar como “el gran símbolo de los desaparecidos”.

Aunque en ese instante yo no lo sabía.

La conciencia. Curioso.

Porque era La Sexta quien no salía muy bien retratada en ese video del Sr. Berrueta. Ese vídeo era la pura cronología. Sin intervenciones, sin voces ajenas, interpretaciones ni explicaciones.

Pum pum pum. Lo que pasó y quién lo dijo.

Incluido mi tweet. Obviamente.

Y lo que se hizo viral de inmediato -el vídeo alcanzó en apenas 24 horas los siete millones de descargas solo en X- fueron las conexiones en diferentes programas de esa cadena y en informativos desde la misma boca del Parking, de Bastida. Un reportero que luego se jactaba de que “a nosotros no nos la dan con los bulos de la Dana”.

Pero claro, la gente, millones, lo vio ahí. Asegurando textualmente que la UME estaba visualizando los cadáveres, que lo estaban anotando y que estaban esperando al juez.

Como lo de El Plural, pero en vivo y en directo a través de la pantalla. Y con el cartel de Bonaire de fondo.

Esto tampoco debía saberlo nadie.

Yo no podía creerlo.

No, no podía creerlo.

Esto no era un tweet. Era programas a nivel nacional e informativos.

¿Nadie los había visto?

¿Los 500 reportajes de compañeros no habían visto esto?

¿Nadie?

Y entonces sí que se despertó el Armagedón. Como la canción con la que ahora escribo y cuya sombra sale en la portada.

Al tiempo que la campaña estaba en marcha. Al tiempo que las marcas recibían un mensaje claro, al mismo tiempo un video de 16 minutos era aupado por la gente. Tweet a tweet. Boca a boca.

-Mamma mía.

Eso dijo Alessandro Salem, el siciliano. Su valor y su honor es que me defendió antes del vídeo. Antes de la cronología. Antes de ver todo lo que hicieron programas y medios.

Antes.

Amigo, ese es el valor.

Después ya no es lo mismo.

Antes. Que es donde todo está en juego.

- No se ni qué decir. Ahí están todos los que nos quieren matar...diciendo incluso lo que nosotros no dijimos.

Hubo un silencio largo entre los dos en el teléfono. Ambos pensábamos.

Creo que muy rápido. Quizá ninguno de los dos acabábamos de creernos lo flagrante del vídeo.

Ahora, imagino, veríamos quién podía más en la lucha. La maquinaria a la que tantos se sumaron, sin saber o sabiendo la realidad, -ambas cosas son graves- o la gente.

El Pueblo.

¿El Pueblo salva al Pueblo?

Viaje a la Oscuridad (XV)

- La noticia estuvo viva unos 8 minutos. Luego murió.
- ¿La han borrado?
- Efectivamente.

He repetido en estas crónicas la expresión “no salía de mi asombro”.

Muchas veces.

Pero en este capítulo XV y final, yo os digo que, en las conversaciones con Juan Berrueta, esa sensación alcanzó el cenit.

El vídeo Bonaire Cronología se había convertido en una bomba viral. Sobre todo, para los muchos que habían tejido un relato concreto y deformado de lo que habíamos hecho.

Eran 16 minutos terribles, según se mire.

- Dos millones de visitas, Juan. Tres, cinco, siete.

En X se convirtió en el documental breve más visto en castellano en todo el mundo.

Yo seguía mirando la noticia si llegar a creerlo del todo. La han borrado...

La publicación televisiva FormulaTV, de obligada consulta en nuestro sector audiovisual y de una importancia capital, había sacado una amplia crónica de cómo La Sexta había informado de la presencia de cadáveres en el parking.

Con todo tipo de detalles. Desde programas y conexiones del informativo nacional.

Era una noticia de impacto, claro. Pero para mí lo era sobre todo porque parecía hasta entonces no haber existido.

Bueno, para muchos no ocurrió jamás.

Hoy algunos estudios sesudos universitarios sobre la Dana y los bulos lo siguen sin mencionar.

Curioso. Algunos profesores y catedráticos me lo han hecho saber. Para la pulcra asepsia de algunos sabios y doctores, incluso académicos, esto nunca ocurrió.

Pero ocurrió.

- La han borrado, pero la hemos recuperado.

Durante unos pocos minutos la noticia, con fotografía incluida del reportero Bastida de La Sexta hablando desde la bocana del parking, aparecía en primera plana. Pero de pronto ¡PUM! El vacío. El agujero negro. Sencillamente...desapareció.

- Dile a Iker que no soy precisamente su fan. Pero la verdad, ante todo. La subieron. Aquí está.



Quien escribía esto era un avezado informático. No era fan, pero resultó providencial. Nosotros teníamos la constancia de que se había borrado por el vacío del código, pero no habíamos logrado recuperar la portada en sí. Y ahí estaba.

Tan fresca como había vivido durante una corta existencia de aproximadamente 8 minutos.

Y como si una película de El Padrino cobrase forma imaginé - mi imaginación es fértil - quién habría llamado a la revista. Y en qué tono.

¿Fantasías mías? Puede ser.

Era una gran noticia. Pero así es este juego. Fuera. Borrada. No interesaba.

A alguien no le interesaba.

Dejemos que Iker sea el culpable. No vaya a caerse el relato.

Lo raro, me repetía yo, es que, hasta ese 8 de noviembre, una semana entera después, ningún colega, ningún medio, ningún intelectual, hubiera caído en que esto se emitió desde el principal informativo de una cadena nacional.

Todos debían tener una curiosa amnesia.

A los pocos minutos otros medios como El Plural, siempre tan combativo y con un largo historial en el tema de los bulos como los episodios “Bomba Lapa contra Sánchez” o “El juez con dos DNI”, maquillaba lo escrito. Cambiaba su propio texto.

Eliminaba lo de los cadáveres.

Esos que estuvieron en sus páginas y sobre los que también habían sufrido amnesia.

Nadie tuvo amnesia, al revés, sí mucha prisa, para al segundo día de inundaciones, con gente luchando aún por su vida y desamparada, votar en el congreso por el nuevo consejo de RTVE. Debía ser muy importante y como dijo una diputada “nosotros no estamos para limpiar barro”.

Por cierto, que personas clave de esa gran casa de la verdad llamada El Plural tuvieron su recompensa ese día dentro del organigrama de nuestra televisión pública. Una garantía contra los bulos. Obvio.

Alguien, pues fueron varios los medios que empezaron a borrar lo que habían dicho y escrito tras las primeras 24 horas de Bonaire Cronología en la red, debió gritar en algunas redacciones aquello de “valiente... el último”.

Pero a mi equipo, que es un reloj suizo, que es un grupo humano comprometido hasta la médula con cada cosa que hace, no se le podía escapar esto.

Buenos son.

Los medios que más nos habían atacado por el tema de Bonaire, a pesar de que el equipo de Horizonte nunca dijo que había 700 ni 1000 muertos, eran los que en sus pantallas y en sus portadas destacaban el desgraciado asunto de la UME y los cadáveres.

Note que mi pecho hacía ¡Boom!

No me lo esperaba. No lo sabía. Y no me lo podía creer.

A partir de ese instante todo entró en otra velocidad. Como si alguien pulsase la vieja palanca de marchas de un Lancia Stratos en pleno Rally de los años setenta.

¡Qué bonito era el Lancia Stratos!

Y, sobre todo, qué genuino.

Hablando de rally, me acuerdo, segundo viaje, yo creo que, en Sedaví, noche cerrada, madrugada. Yo con el móvil. Un grupo de personas robando coches. Mal asunto. Yo muy visible, con el foco del móvil.

Arreciaba la campaña de mis queridos y afables colegas del gremio y yo me perdía por las calles. Me alejé bastante del grupo. De pronto un bramido. Nunca vi un coche de ese aspecto. Parecía un verdadero panzer.

La madrugada todo lo deforma.

Es una unidad especial de élite de los GRS de la Guardia Civil grupo 3 de Valencia.

Van a por los ladrones. Estos se alejan. Yo grabo, pero no se ve mucho. Porque no hay una sola luz. Hay un muro caído y unos grafitis.

El coche se para brusco a mi lado.

Pienso, solo falta una detención como colofón a mi caída popular en desgracia.

Pero no. Se abre la ventanilla de atrás. Sale un brazo musculoso.

Pero digno de Hércules. Me indica que me acerque.

No tengo otra opción.

- Toma, tú si tienes cojones para llevarla.

Se van a toda velocidad a por los ladrones. Miro la palma de mi mano. Una pulsera de goma. La que llevan ellos y les identifica.

No podéis imaginar lo que significó para mí. La fuerza que me dio. Para mí fue una señal. Estaba a mi lado la gente que debía estar. Así lo percibí.

Horas después, con el cataclismo mediático total y fuerzas Pro Iker y Anti Iker - por decirlo de un modo simple- en plena lucha, me llegan noticias interesantes.

La entidad bancaria portada de El País, imagino yo que viendo que otras marcas no se sumaban al posible boicot, decidió hacer un comunicado asegurando que la decisión de retirada de la publicidad no tenía nada que ver con los contenidos sino con un "algoritmo". Leí la nota. Ya no era portada. Algo estaba cambiando.

Lo cierto es que por primera vez en España una campaña con los medios más poderosos diciendo una verdad artificial, estaba siendo frenada por dos factores; la propia verdad de un video de 16 minutos; y las personas que de inmediato hicieron saber su desacuerdo.

Individualmente. Desde su ciudad. Su pueblo. Muchísimas, curiosamente, desde Valencia.

El pueblo. El pueblo contra una maquinaria que es capaz de borrar las cosas por arte de magia e insertar otras en la mente colectiva. O, por lo menos, de intentarlo.

Pero quizá no contaban con el pueblo.

Y eso es un error.

Yo no tengo datos concretos de esto, pero alguien muy informado me dijo que decenas de miles de personas se dieron de baja de los servicios bancarios en 48 horas. En un aluvión nunca visto. En el formulario ponían más o menos esto.

- Me doy de baja. Asunto: Iker Jiménez.

A veces ponían Horizonte, o Libertad, en vez de mi nombre.

A mí me llegaron cientos y cientos de esos mensajes enviados por los milenarios.

Hoy, en noviembre de 2025, un año después, personas me paran por la calle y me lo muestran en su pantalla de móvil. Empresarios, currantes, señoras, chavales.

Como una muestra. Como un mensaje. Yo me movilicé por ti.

En un mundo donde casi nadie hace nada por nadie, ellos lo hicieron.

Y no tenían por qué. Presentadores y programas hay muchos.

No pasa nada.

No, no tenían por qué.

Por tanto, estoy en deuda con ellos. Aunque jamás lleguemos a vernos.

Estoy en deuda, amigo. Una deuda emocionada. Porque sé lo que significó en ese preciso instante.

Yo no dije una sola palabra de esto ni en antena ni en mis redes. Ni recomendé hacer nada a nadie. La publicidad en mi oficio es

sagrada y yo entiendo y comprendo lo que cada anunciante quiera hacer. Faltaría más. Hice un pacto de caballero en esto con mi amigo el Siciliano.

Me limité a observar. Porque yo sí creo en la libertad del mercado. Nunca dije una sola palabra o alenté una acción. No sé qué hubiera pasado de haberlo hecho.

Lo cierto y verdad es que la campaña contra el mentiroso de España se agrietaba.

Y al final se detuvo. Como un tren viejo en el último andén.

Bueno, no. No se detuvo sola. La detuvo el pueblo.

Nuestros programas, quizá por una acción/reacción, lograron una audiencia y un impacto que nunca habíamos tenido.

Horizonte desde entonces se convirtió en otra cosa.

La campaña en contra de tantos medios oficiales nos hizo un gran favor.

Y esa es otra lección.

Mis amigos Wall Street Wolverine, Un Tío Blanco Hetero, Hablando Claro, Capitán de los Tercios, Capitan Bitcón, Inocente Duke, Teatro de Will, Araujo, Doctor Tricornio, Sr. Liberal, Javi Oliveira, Unai Cano, Willy Tolerdo, Kowalski, Diego Arrabal, y tantos y tantos twitteros, canales y youtubers que sería imposible mencionar a todos aquí, mostraron su fuerza. Ojo con ellos. Ojo.

Ellos vieron todo y valoraron. A la mayoría no los conozco personalmente.

Sencillamente llamado a arrebató ante lo que consideraban desleal.

Y mostraron sus armas a golpe de tweet y de vídeo.

Otros muy famosos no. Cuando Ángel les pidió echar un cable para ayudar en el tema solidario la contestación de algunos popes fue un aldabonazo para él. Bien lo sé.

Influencers a los que él ha ayudado declinaron ayudar porque “sus seguidores podrían tomarlo a mal y las campañas de publicidad tan bien”.

- Lo bueno es que en una cosa así detectas a los valientes y a los cobardes. Es como un espejo.

Esto a Ángel le afectó un tiempo. Luego volvió a sus quehaceres, entre otras cosas llevando 500 farolas solares. Gaitán iluminó, solo y a coste de su bolsillo, la zona cero. En mitad del caos. Eso no lo hizo ningún influencer de moda. No. Lo hizo él. Y debería constar en acta.

Yo creo que hay muchas enseñanzas.

Esta historia acaecida en 2024 es sobre el relato y su pugna. Sobre las máquinas clásicas enfrentadas a la dialéctica de las figuras emergentes en red.

Ellos, los amigos valientes, de motu propio, hicieron de la cuestión un verdadero debate moral digital. Algunos investigaron mucho más y con más precisión que todos aquellos medios y firmas “profesionales” que sencillamente habían seguido las directrices del *pim pam pum*.

Algunos a sabiendas y otros sin saber lo que pasaba. Siguiendo una orden o su deseo de hacer leña del árbol agrietado. Esto también quedó en evidencia. Y receptor, aunque algunos no lo crean, se da cuenta de casi todo.

En Twitter y en YouTube no había esos deseos. No había esos intereses ocultos o visibles. Es otro mundo. Pero con mucha pegada. Solo querían saber la verdad.

Es una gran diferencia. Un retrato de los medios y del nuevo mundo que se avecina.

Este es el cuento, a grandes rasgos. El cuento que viví en carne propia. Sobrevivimos. Nos despojamos de la capa negra que nos estaban poniendo encima casi todos. Comprobamos que la verdad o los hechos importaban poco si se elige un chivo expiatorio.

Supimos que nuestro programa había hecho un daño horrendo en aquellos quienes ven las cosas de otra forma.
Entre quienes prefieren la amnesia y el código político, ante todo.

Cometí varios errores. Sería absurdo no admitirlo. Cómo no. Pero ¡cómo no en esa situación!

Los principales fueron el estar sobrepasado, el estar indignado, con una dinámica de emotividad y rabia crecientes. En creermelo algo que no sé si me correspondía.

No soy Robin Hood. Me fie con una falta de celo de ciertas informaciones y personas en esa situación de stress total y eso no es del todo correcto.

Hay que ser más frío. Algo más distante. No soltar la ira así en un tweet. Ni en ningún lado.

Pero con lo que había visto y vivido, es lo que salió de mi alma.

Por el contrario, nunca borré nada de lo que dije. No soy un cobarde.

Eso lo han hecho otros.

Y, en definitiva, siempre creí en lo que hacía. Nunca quise engañar a nadie con ningún objetivo.

- Pero ¿cómo estáis?

Nos lo preguntaban aquellos días el equipo, los amigos, la familia.

Es natural.

Y tampoco contestábamos amargados. Es curioso.

Es muy curioso.

Yo le veía todo como una novela. Como una novela negra que estaba protagonizando.

Nunca me sentí triste ni deprimido. Nada.

Eso asombraba a mi entorno. Desconcertaba.

Yo creo que el entorno lo pasó peor. Y eso tampoco lo olvido.

Una noche, cuando empecé a atisbar de qué iba a esto, puse este grabado en mis redes.

Lo recuerdo perfectamente.

Sabía la guerra que se avecinaba. Como lo sabía Goya en los Tristes Presagios de los Desastres.



Y encontré el retrato de Quijote y Sancho picassiano. Lo miré mucho tiempo. En fin, siempre he vivido todo como una película. Y en momentos así creo que es una ventaja.

"La guerra se avecina" ... pero yo estoy preparado porque sé quién soy y tengo honor.

Como si el mundo entero viene a por mí. No hay temor.

Eso pensaba.

Lo vivido hace un año es una lección brutal. Trasciende a lo que me ocurrió personalmente. Es una historia sobre los medios, los poderes, la verdad y la mentira; sobre el público y su libertad. Sobre la tragedia, las instituciones y el desamparo. Sobre la política, la pasión del oficio y el pulsar de la vida misma.

No quiero cansaros más. Esta es mi crónica tal y como yo la viví y la tenía ahí guardada. Me la debía y se la debía a todos los que me apoyaron. Y a quienes no me apoyaron, también. Y me explico: obviamente no me puedo llevar bien, ni lo quiero, con aquellos que han intentado decapitarme. Yo lo sé. Y ellos. Para mí son enemigos. Pero también fueron necesarios en este aprendizaje. En este viaje a la oscuridad para volver a atisbar la luz.

Ha sido así desde Altamira. Desde las cavernas. El rito. La oscuridad y la luz.

¡Y cómo recuerdo ahora a aquella gente de Paiporta, Sedavi, Alaquas, Picaña, Alfafar, Aldaya, Chiva, Cheste, Pedralba...!

Los abrazos que nos dábamos. Abrazos llenos de incertidumbre, de emoción, de miedo. De vida. Los miembros de las FSE, de los bomberos, lo que nos decían en los peores momentos. Eso es inolvidable. Cuántos amigos en tan breve tiempo.

Las caras de las personas que nos identificaban cuando llegamos con leche, agua, pañales, respiradores. ¡Pero cómo olvidarlo!

Nunca se irán de mi memoria. Jamás.

Eso no hay oro que lo compre. Eso no hay premio que lo iguale.

Eso no hay vanidad que lo maquille. Eso no hay trama que lo hunda.

A mí me salvo el pueblo. Puedo dar fe de ello. Por eso escribo esto. Lo hago más de 20 años después de escribir un libro por última vez. Es para ellos. Sobre todo, para ellos.

Los que alzaban su palo a modo de saludo aquella mañana de impacto cuando España fue consciente de lo que no le habían contado. Para mi amigo el Jonathan y sus colegas. Gente de ley.

Para la familia cuya hija no podía respirar y la mamá le aspiraba los mocos en un piso de Chestre. Para tantas familias dándonos la mano desde los balcones cuando llegamos a oscuras.

Es para ellos.

Porque esta historia, por encima de lo que le pasó a Iker, muy por encima, es también la crónica de cómo todo se intenta instrumentalizar y politizar. Sesgar a favor. A veces son las mismas maquinarias, varias veces aquí mencionadas, quienes lo hacen. Me he encontrado a los mismos protagonistas pululando.

A las mismas cloacas.

A mí, en su día, antes de todo esto, hace unos años, me siguieron. Dejémoslo ahí. Me siguieron para ver “que guardaba en el armario”.

Para ver que porquería tenía.

Sencillamente recopiladores de información.

Yo no lo sabía. Hasta que alguien me advirtió.

Intuyen los oscuros que todos debemos tener un tipo de porquería para ser chantajeados.

La policía me informó. Yo llamé a amigos. Los rastreadores me siguieron una semana por lo que parece. Y no encontraron nada. Nada de esa mandanga que les gusta, claro.

Porque yo soy así. Y eso es una faena para algunos. No guardo oscuridades que tanto abundan en algunos lugares. Y eso da algo de rabia, creo.

No tienen nada que negociar conmigo. No soy de su raza. A veces pensé que esta reacción desaforada, al unísono, de tantos y tantos colegas, no fue sino un ajuste de cuentas retroactivo. Lo desconozco. Aquí sigo.

Por cierto, Il Siciliano. El italiano que no me dejó solo cuando el iceberg parecía despedazarse por los martillazos. Ese mismo. Me ha prometido con su voz grave con acento que un día me contará algunas cosas más. Es un hombre que guarda sus secretos. Y yo lo respeto. Sé, o intuyo más bien, las presiones que tuvo. Inimaginables.

Y se mantuvo firme. No entregó mi cabeza.

No le dio mi cráneo en bandeja de plata a quien se lo pedía.
Con dos coglioni.

Es una hermosa historia de fidelidad dentro del caos, la tragedia y la mentira.

Yo solo puedo dar gracias a Alessandro, a Sandra, a Paco, jefe de informativos que fue un señor, a Juan Berrueta, a Diego, a todo el equipo. A Carmen. Siempre al lado. Siempre fiel. Siempre animosa. Que nunca perdió la fe absoluta en que hacíamos lo correcto. ¡Qué importante es esto!

A mi amigo Pablo y su palo, a Victorius y su antena en el Fin del Mundo. A los de aquel Jeep en aquel viaje a la oscuridad.

Y a Ángel. Al gran Ángel. Al hombre con corazón inmenso que no le cabe en el pecho.

Un héroe español.

Él debería hacer su propia crónica.

Sigo diciendo que se merece una calle allí. Si alguien la merece es él. Porque por desgracia muchos no saben todo lo que este hombre hizo. No saben ni un 10%

A todos los enemigos solo puedo agradecerles esta prueba. La vida es así. Es el arte de la guerra. Aprendí a sobrevivir solo creyendo en mi gente. En el equipo y en quienes nos ven.

Es una gran lección.

Con eso se puede todo.

Porque, querido amigo, como he dicho antes, a mí me salvó el pueblo. Indómito. Incontrolable. Solidario.

Es lo que yo vi al llegar a la Zona Cero. El pueblo salvándose a sí mismo.

No importa la política, el status, la raza. No importa nada todo eso que tanto importa a tantos.

Acallaron un grito molesto. El Sistema es así. Tiene sus poderes bien engrasados. Desactiva, construye a su forma, persigue. Pero esta crónica es una muestra de una batalla ganada al sistema que me había sentenciado.

Y eso es porque en el fondo, como una llama, como un fulgor, en el fondo del alma de la gente hay un sentimiento que nadie podrá apagar nunca del todo...

EL PUEBLO SALVA AL PUEBLO.

Iker Jiménez

Madrid, 8 noviembre 2025